198
Legajo 4
Letra J

6076

ADMINISTRACION
CO-DRAMATICA

JUSTOS POR PECADORES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1890

17

JUSTOS POR PECADORES

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 14 de Enero de 1890

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

A mis queridos padres

Cándido

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Doña Luisa Calderón.
AMALIA	Carmen Cobeña.
EMILIO	Don Ricardo Calvo.
JAIME	Donato Jiménez.
PEDRO	Antonio Perrín.
GERMÁN	Juan Varela.

La acción en Madrid, época actual

ACTO PRIMERO

Sala de confianza. A la derecha del espectador puertas que conducen á las habitaciones de Cármen y Amalia. A la izquierda, otra que conduce á las habitaciones de Emilio. Puerta al foro que da á la calle. Hacia la izquierda una mesa con recado de escribir. Es de día.

ESCENA PRIMERA

EMILIO y AMALIA

EMIL. Adivino en tu semblante
que has tenido una reyerta
con Pedro; qué, ¿me equivoco?
AMAL. No tal; y si ahora se empeña,
concluiremos de una vez,
pues ya me falta paciencia.
EMIL. Vamos, la historia de siempre.
Alguna infantil novela
que ha forjado tu capricho
por la cosa más pequeña.
Chica, pues con esos celos
y esa continuada guerra,
al fin te va á suceder
lo que la fábula cuenta
de Pascualillo el pastor;
cuando te quejes de veras,
por más que grites ¡el lobo!
ninguno habrá que te crea.

675135

AMAL. Sí, búrlate; pues ahora
tengo una prueba.
EMIL. ¡Friolera!
AMAL. Y en la cual no cabe excusa.
EMIL. Entonces es prueba plena.
AMAL. ¡Por Dios, ten formalidad!
EMIL. Pero, mujer, si este tema
nunca tiene conclusión.
Dos meses llevo ya en esta
y yo no sé cuántas veces
te he visto la cara séria,
y me has dicho: ¡Estoy segura;
ahora su perfidia es cierta!
Y al fin, ¿qué...? nada, visiones
que tus celos alimentan.
AMAL. Bueno; escúchame y verás
si estas son vanas sospechas.
EMIL. Lo mismo que las demás.
Soy todo oídos. Empieza.
AMAL. Ayer, al entrar aquí,
Pedro, en esta misma mesa
estaba escribiendo; al verme
guardó con mucha presteza
el papel...
EMIL. ¡Diablo! eso es grave.
AMAL. Yo le pregunté qué era,
y él, turbado, respondió:
—Nada... ponía una esquela.
—¿Para quién?—Para un amigo.
—Pues déjame que la vea.
—No puede ser.—Tú me engañas.—
Y aunque con viva insistencia
le rogué, no fué posible
que á mi petición cediera.
EMIL. Es natural. ¿Y eso es todo
lo que tu amor atormenta?
Pero, Amalia, ¿no comprendes
que, por mucho que te quiera,
no tienes ningún derecho
para demandarle cuenta
de sus negocios y asuntos?
AMAL. Cuando la intención es buena,
nadie se oculta y recata.
Pero, escucha, que aún me queda

la parte más importante.

EMIL. Continúe la tragedia.

AMAL. Seguimos hablando un rato,
como si ya se me hubiera
olvidado la tal carta;
pero, como estaba alerta,
cuanto le ví descuidado,
¡zás! con mucha ligereza
se la saqué del bolsillo.

EMIL. Fué una cosa muy mal hecha.
Las niñas, ni aun con sus noviós,
deben tener tal franqueza,
Bastaba su negativa
para que tú te abstuvieras
de averiguar su secreto
y arrancárselo á la fuerza.
Y, en fin, ¿en qué paró el caso?

AMAL. Él dijo que se la diera,
y hasta llegó á incomodarse;
mas fué inútil su tarea.

EMIL. Bien, y esa carta ¿qué dice?

AMAL. La tengo aquí; toma, véla (Le da un papel.)
y ya me dirás después
si hay motivo de sospecha.

EMIL. Seré juez imparcial. (Lee.) «Cármen:
»para asuntos que interesan,
»tengo que hablarte sin falta
»mañana mismo. Te espera
»en la calle de...» ¡Villano!
¿Para qué quiero más pruebas
de su traición? (Como hablando consigo mismo.)

AMAL. Ès verdad.

EMIL. ¿Eh, qué dices? (Alarmado.)

AMAL. Que la muestra,
aunque breve, es terminante.

EMIL. (¡Pobre niña! ¡que no sepa
cuán terrible es su desdicha!)
Yo opino de otra manera.

AMAL. Pero si no admite duda.
Ya la sé al pie de la letra,
y aunque mil vueltas le doy
siempre saco en consecuencia
que hay una llamada Cármen,
y una cita. ¿Más deseas?

EMIL. Pues, á pesar de esos datos,
no encuentro tal evidencia.
Escúchame. Pedro sabe
que la cosa más pequeña
te convierte en un Otelo,
y finge tales comedias
para burlarse de tí
y apurarte la paciencia.

AMAL. ¡Ah! tu opinas...

EMIL. Claro está.
Esto mismo me recuerda
que hablándome la otra tarde
me decía: «Amalia es buena,
»tiene el caracter de un ángel;
»pero desde que se encela,
»lo cual desgraciadamente
»le ocurre con gran frecuencia,
»no puede estarse á su lado.
»Sólo un remedio me queda,
»al cual pienso recurrir
»para curar su dolencia.
»Le daré celos sin tasa,
»hasta que al fin se convenza
»de que son tontos y vanos
»esos fantasmas que sueña.»

AMAL. ¿De modo que ese papel?...

EMIL. Pura farsa. No te quepa
la menor duda sobre esto.

AMAL. ¿Por qué, entonces, su insistencia
en no dármelo?

EMIL. ¡Inocente!
Si de buenas á primeras
te dá y explica la carta,
pues se acaba la comedia
y no consigue su objeto.

AMAL. ¡Ah, Emilio! Tú me consuelas
y me devuelves la vida.

EMIL. Ea, ya estás más contenta
que unas páscuas. Leves nubes
son tus desdichas y penas,
que un punto empañan tu rostro
y la brisa más ligera
basta para disiparlas
sin que en llanto se resuelvan.

AMAL. Porque le idolatro tanto,
que es necesario que crea
su amor, aun siendo mentira.
EMIL. ¿Y si realmente lo fuera?
¿Y si al cabo te convences
de que su traición es cierta?
AMAL. Entonces, no sé qué haría;
sólo sé que la existencia
que hoy me halaga y me sonríe
y está de ilusiones llena,
sería muy triste carga;
sólo sé, que si perdiera
su cariño para siempre,
ya no hallaría en la tierra
paz, ni dicha, ni sosiego.
EMIL. (¡Infeliz!) Vaya, desecha
esas dudas y temores.
Ya ves que todo se arregla.
Es más; aunque no es muy grata
la misión, yo con cautela
he de indagar si esa Cármen
es fingida ó verdadera.
AMAL. ¡Ah, Emilio! No hay otro hermano
mejor que tú.
EMIL. (Con cariño.) Zalamera;
cuando soy bueno contigo.
Yo conservaré esta esquela, (Guardándola.)
por si puede serme útil.
¡Ah! Conviene que él no sepa
hemos hablado sobre esto;
si no, se le pone alerta
y nada podré inquirir.
AMAL. Descuida, seré discreta.
EMIL. Y hablando ya de otra cosa:
¿vais por fin á la Comedia
esta noche?
AMAL. Así lo espero.
Papá pidió la platea,
y si la encuentran, iremos.
¿Vendrás tú?
EMIL. ¿Qué representan?
AMAL. Antes me han dicho su nombre...
No recuerdo... Es obra nueva.
EMIL. Ah, sí. ¿Pedro, os acompaña?

AMAL. No lo sé; mas como pueda,
ha de venir.
EMIL. Es posible
que yo también dé una vuelta.

ESCENA II

DICHOS y PEDRO por el foro

PEDRO Solitos los dos hermanos.
Muy buenas tardes.
EMIL. (Con sequedad.) Muy buenas.
PEDRO ¿Y los papás, cómo siguen?
AMAL. Bien, gracias.
PEDRO ¿Don Jaime, fuera,
según me han dicho?
EMIL. Fué al
ministerio de la Guerra.
Mas ya no debe tardar.
PEDRO (En voz baja á Amalia.)
Y tú, ¿cómo estás? Aún seria
por lo de ayer.
AMAL. No hay motivo
para que esté más contenta.
EMIL. (No sé cómo puedo ver
esta farsa, con paciencia.
¡Si no fuese por Amalia!...)
PEDRO Pero, mujer, no seas terca;
¿no has comprendido que aquello
fué sólo broma?
AMAL. ¿De veras?
PEDRO Claro está.
AMAL. Pues, si son bromas,
lo son muy poco discretas.
PEDRO Vaya, firmemos las paces.
AMAL. Bien; por mi parte están hechas.
PEDRO ¿Y usted, Emilio, por fin,
entre nosotros se queda,
ó vuelve á Sevilla?
EMIL. Cierto
aún no lo sé. Mi licencia
concluye dentro de poco,
y si termina la fecha

sin conseguir el traslado,
tendré que marchar por fuerza.

PEDRO Usted, por lo que presumo,
no es partidario de aquella
población.

EMIL. No me disgusta,
pero me agrada más ésta.

PEDRO Pues yo no sé qué decir;
Sevilla á mí me deleita.
Comprendo que aquí en la corte
se hace vida muy diversa,
que hay mucho más movimiento,
más gente, lujo y riqueza,
pero no tiene aquel cielo,
aquel sol, ni aquella tierra.
¿No has estado tú en Sevilla? (A Amalia.)

AMAL. Nunca; y quiero conocerla.
Si Emilio vuelve otra vez,
por Semana Santa y Feria,
le prometo una visita.

EMIL. Sí, merecen que las veas.

PEDRO De entre todas las de España
sin duda son las primeras.

AMAL. ¿Y tú, has vivido en Sevilla
mucho tiempo? (A Pedro.)

PEDRO Residencia
fija, no he tenido allí;
pero voy con gran frecuencia.
La última vez fué en Octubre;
el mes en que se celebran
los Torrijos.

AMAL. ¿Y qué es eso?

PEDRO Así llaman á una fiesta
sui generis, que quizás
más que ninguna refleja
el caracter andaluz.

AMAL. Pero, ¿es romería, ó feria?

PEDRO Es un conjunto de todo
y en el cual todo se mezcla,
que los domingos de Octubre,
según es costumbre añeja,
se verifica en Triana.
Para darte vaga idea,
figúrate que á la calle

de Castilla, se endereza
el mundo más elegante
y la gente más flamenca.
Las gitanas y manolas,
las chulas y cigarreras,
con sus mantones de espuma
y luciendo en la cabeza
vistosas cintas y flores,
en carros, breaks y calesas,
que con gasas y follajes
adornan y festonean,
se apiñan y van cantando
al son de las panderetas.
Los ginetes, de chambergo,
calzón y corta chaqueta,
montan caballos, que airosos
y diestros caracolean,
á la andaluza enjaezados,
y la larga cola envuelta
en cintas de color vivo,
formando ceñida trenza.
La aristocrática dama
de elegante carretela,
el simón, que humildemente
arrastra sus torpes ruedas;
el vecino que transita,
el vendedor que vocea,
los vagos, que allí son muchos
y van donde gente encuentran;
todo este inmenso tropel
junto á la orilla risueña
del Bétis, con algazara
y en confusión pintoresca,
por la calle de Castilla
afluye, marcha, se estrecha
y es allí corriente humana
que ondula, gira, serpea,
dando principio en el puente
y terminando en las Ventas.
Allá una canción se escucha;
aquí una mano rasguea
las cuerdas de una guitarra
templando una malagueña;
allí bailan y repican

las alegres castañuelas;
allá entrechocan las cañas,
aquí brillan las botellas,
hay en las pupilas fuego,
calentura en las cabezas,
alegría en los semblantes,
regocijo por do quiera;
y sobre este mar revuelto
una atmósfera serena,
un cielo sin una nube,
un ambiente que deleita
y aquel sol de Andalucía,
que, espléndido, luce y quema.

AMAL. Qué cuadro tan animado.

EMIL. La descripción es completa.

PEDRO No es fácil que aquello olvide
quien una vez lo presencia.
Pero, hablando de Sevilla,
la conversación primera
perdimos. Usted decía
que termina su licencia...

EMIL. Sólo faltan cinco días.

PEDRO ¡Diablos! Pues es corta fecha.
Entonces no será extraño
le hagan volver.

EMIL. (Con sarcasmo.) Lo sintiera
por no estar junto á vosotros,
que bien sé cuánto me aprecian.

PEDRO Todo lo que usted merece. (Pausa.)
¿Y tu mamá? (A Amalia.)

AMAL. Pronto llega.

EMIL. (Me voy, porque estoy temiendo
cometer una imprudencia.)
Les dejo; tengo que hacer.

PEDRO Sí, por mí no se detenga.

EMIL. Hasta luego.

PEDRO Adiós.

AMAL. Adiós.

(Vase Emilio por la izquierda.)

ESCENA III

PEDRO y AMALIA

PEDRO ¿De modo que estabas seria
todavía?
AMAL. Sí lo estaba;
y si tú á mí me quisieras
como te quiero yo á tí,
segura estoy que no hicieras
esas engañosas farsas,
suponiendo que lo sean.
PEDRO ¿Aún tienes dudas?
AMAL. No sé;
mas cuando se ama de veras
no se demuestra el afecto
dando, por capricho, penas;
y tú sabes que esas cosas
me disgustan y atormentan.
PEDRO Nada; no lo vuelvo á hacer.
AMAL. Nunca te faltan promesas.
PEDRO Por supuesto, estoy seguro
que la tal carta conservas
como oro en paño. ¿No es cierto?
AMAL. No, que la he roto.
PEDRO (Con zalamería.) Embustera.
No es verdad... ¡Si te conozco!
AMAL. Sí la rompí; y aunque mienta,
yo no hago más que pagarte...
PEDRO Justo, en la misma moneda.
¿Pero, ahora mientes, ó no?
AMAL. No; la he roto. Soy sincera.
PEDRO ¿Y no la enseñaste á nadie?
AMAL. A nadie... mas, ¿qué interesa
ese papel siendo broma?
PEDRO Importarme, nada; era (Con sencillez.)
preguntar sólo, y saber
si nuestras cosas reservas.
AMAL. Algunas sí y otras no.
PEDRO Y díme, ¿á quién se las cuentas?
AMAL. Pues, á papá, ó á mamá,
ó á Emilio... ó á otro cualquiera.

PEDRO Mujer, ¿sí? ¡Pues, me hace gracia!
Yo te juzgué más discreta.
Las cosas entre los novios,
aunque para ellos encierran
gran interés, y á sus ojos
tienen importancia extrema,
á los demás les parecen
cuestiones tontas y necias.
AMAL. Es que yo sólo descubro
lo que no importa que sepan.

ESCENA IV

DICHOS y CÁRMEN por la derecha

CÁRM. ¡Hola, Pedro! No sabía
que usted en casa estuviera.
PEDRO Hace ya rato.
CÁRM. (A Amalia.) ¿Y por qué
tú no has dicho que me adviertan,
cual te tengo prevenido?
PEDRO Ahora, no fué culpa de ella;
yo he sido quien la entretuve
hasta saldar unas cuentas
que teníamos pendientes.
CÁRM. Sí, mas no es cosa correcta
que esté sola...
AMAL. No, mamá;
si Emilio se marchó fuera
hace un momento; aquí estuvo
con nosotros, y por esa
razón yo no te he llamado.
¿Verdad? (A Pedro.)
PEDRO Sin duda.
CÁRM. ¿Y qué cuenta
Emilio de interesante?
PEDRO Cosas ni malas ni buenas.
Hemos estado charlando
y poniendo en competencia
á Sevilla con Madrid.
CÁRM. ¿Y cuál resulta primera?
AMAL. Por lo que he visto, ninguna.

PEDRO Son ciudades bien diversas;
y si Madrid es muy rico,
Sevilla en cambio, es muy bella.
(En voz baja á Cármen, y con rapidez.)
Procura quedarte sola.

CÁRM. Yo la ví cuando soltera,
hace ya bastantes años;
por tanto, sólo me queda
vago recuerdo; mas sé
que me causó aquella tierra
impresión bastante grata.

AMAL. La próxima primavera
hemos de ir allá. ¿Consientes?

CÁRM. Quién sabe para esa fecha
lo que puede suceder.
Y ahora caigo. ¡Qué cabeza!
Amalia, sin perder tiempo,
vete á mi cuarto y arregla
el traje que he de llevar
esta noche á la Comedia.
Ya sabes, aquel cogido
que subiendo la escalera
se desprendió la otra tarde.

AMAL. Después.

CÁRM. No sé á cuándo esperas.
Luego tendrás que vestirte
y á última hora todo es priesa.

AMAL. Pero, si eso en un momento...

CÁRM. Vamos, no seas majadera.
Pedro aguarda aquí entretanto;
descuida, no se lo llevan.
Es más, si no le perturba,
también nos puede á la mesa
acompañar.

PEDRO Imposible;
tengo que marchar por fuerza.

AMAL. ¡Ah! Sí, mamá, que se quede...

PEDRO Otro día.

CÁRM. Con violencia
obligarle no debemos.

AMAL. ¡Qué lástima! Si pudiera...
Pero, en fin, luego al teatro
sí vendrás.

PEDRO Con eso, cuenta;

lo dejaré todo á un lado
por asistir.

AMAL. Así sea.
Pues corro á coser el traje.
Hasta luego. (Vase por la derecha.)

PEDRO Hasta la vuelta.

ESCENA V

PEDRO y CÁRMEN

PEDRO ¡Cuánto charlan las mujeres!
¡Gracias á Dios que consigo
poderte hablar sin testigo!

CÁRM. Ya estamos solos. ¿Qué quieres?

PEDRO Decirte mis impresiones,
que te han de agradar bien poco.

CÁRM. Veamos.

PEDRO Si no me equivoco
sospecha Emilio.

CÁRM. ¿Supones?...

PEDRO A mi ver, y ya soy ducho,
la menor duda no cabe
que si todo no lo sabe,
al menos recela mucho.

CÁRM. ¿Y en qué te fundas?

PEDRO Bien claro
se adivina en sus miradas,
y mil frases embozadas
que hace algún tiempo reparo.

CÁRM. Lo mismo he notado yo
y esto intranquila me tiene.

PEDRO Y como un mal nunca viene
sin otro, ayer me ocurrió
un lance, que bien pudiera
habernos sido funesto.

CÁRM. ¿Qué sucede? acaba presto. (Con ansiedad.)

PEDRO Como no hallaba manera
de verte sola, escribí
cuatro letras, con intento
de aprovechar un momento
y dártelas. Mas hé aquí
que, cuando ya estaba escrita,
me sorprende Amalia; al punto

quiere saber el asunto;
no cedo, mas me la quita
en un descuido, y leyóla.

CÁRM. ¡Fué imprudencia! ¿Y qué decía (Angustiada.)
esa carta?

PEDRO Que tenía
precisión de verte sola
y que procurases ir
donde sabes.

CÁRM. ¡Qué desgracia!

PEDRO Mas con tacto y diplomacia
hoy la pude persuadir,
dejándola satisfecha.

CÁRM. ¿Cómo?

PEDRO Fingí que era broma.

CÁRM. Y ella, ¿en qué sentido toma?...

PEDRO No abriga ni una sospecha.

CÁRM. Más vale así. ¡Qué agonía
vivir en tal situación!
¡Siempre estoy como el ladrón,
que de todo desconfía
y á quien todo desconcierta!

PEDRO Pues con Emilio es preciso
ponerse muy sobre aviso,
porque él está muy alerta.

CÁRM. ¿Y tú piensas que se irá?

PEDRO No te lo puedo decir.
Yo he procurado inquirir
preguntando cómo va
la cuestión de su traslado.
Es nuestra sola esperanza.

CÁRM. Yo pienso que al fin lo alcanza,
(Con abatimiento.)
porque Jaime lo ha tomado
con gran interés, y él tiene
mucho valimiento en Guerra.

PEDRO De cualquier modo, esto encierra
gravedad y nos conviene
á todos, con calma y tiento,
buscar algún desenlace
á este asunto.

CÁRM. ¿Y qué se hace?

PEDRO No sé; mas estoy violento.
Sabes que Amalia es celosa,

que estamos siempre de riña,
y aunque yo no amo á esa niña,
es para mí triste cosa
engañarla.

CÁRM. Yo, *su madre*,
por tí prescindo de todo;
¡y tú me hablas de ese modo!

PEDRO No te ofendas. Lo que cuadre
á tu bien solo procuro;
y si ahora me expreso así,
es que temo que por mí
puedas verte en un apuro.

CÁRM. ¿Pero qué es lo que propones?

PEDRO Quizás conveniente fuera
que yo, de cierta manera,
rompiese mis relaciones
con Amalia. Así recabo
mi libertad, no me acecha,
y evitamos su sospecha,
que ha de ser al fin y al cabo
quien nos venda.

CÁRM. Ya te he dicho
los males que eso presenta;
yo lo aceptara contenta,
pues no por puro capricho
engañar á Amalia quiero;
pero, ¿piensas si ese paso
pudiera impedir acaso
nuestro amor, que es lo primero?
Aunque muy bien se disponga
tal rompimiento, si estalla,
ha de ser una muralla
que entre nosotros se ponga.
Ella, el hecho ha de contarnos,
Jaime lo ha de ver muy mal,
dirán que eres informal
y no podrás visitarnos.
Esto mi cariño advierte
y á esto yo no me acomodo,
porque, Pedro, antes que todo
no quiero dejar de verte. (Con pasión)
Comprendo que tal porfia
es criminal, insensata,
y sin embargo, me mata

la ausencia de un solo día.

PEDRO Si es á tal precio, tampoco
me conviene la ruptura,
pues si este amor es locura
yo también quiero estar loco.
Mas por lo mismo que pienso
cuánto tu pecho me adora
y el fuego que me devora
es cada vez más intenso,
procuro, querida Cármen,
alejar de nuestro lado
todo peligro y cuidado
á nuestro amor.

CÁRM. No te alarmen
esos temores. Tú dices
que Amalia nada recela;
pues bien, tendremos cautela,
evitaremos deslices
y ya verás, Pedro mío,
cómo todo se conjura.

PEDRO No es Amalia quien me apura (Dudando.)
ni de quien más desconfío.
Aunque vigile celosa,
siendo una niña inocente,
se la engaña facilmente;
mas Emilio es otra cosa.
Si el traslado se concierta
y más temprano ó más tarde
nos descubre...

CÁRM. (Con energía.) ¡Ah!... que se guarde
de ponerse en lucha abierta
conmigo. No ha de lograr
este cariño impedir;
puedo vencer ó morir,
pero no puedo olvidar.
Y no cedo, aunque cruel
con su reproche me aflija.
¡Si no lo hago por mi hija,
cómo he de hacerlo por él!

PEDRO Me anima que sin temor
estés; por mí no me arredro.

CÁRM. Amame tú siempre, Pedro,
y siempre tendré valor.

PEDRO No dudes...

ESCENA VI

DICHOS y EMILIO por la derecha

PEDRO (Al entrar Emilio, cambia con rapidez y naturalidad de conversación.)
Sí, son las cuatro;
mas si concluyo ese enredo,
y quedarme libre puedo,
yo también iré al teatro.

EMIL. ¿Se hablaba de la función (Con ironía.)
que esta noche representan?

CÁRM. De eso hablamos. (Con naturalidad.)

PEDRO ¿Y qué cuentan
de ella?

EMIL. No sé qué opinión
habrá; mas verla debéis, (Con intención.)
pues os gustará el asunto,
si se ajusta, cual barrunto,
al título. ¿Lo sabéis?

PEDRO No.

EMIL. JUSTOS POR PECADORES.
Toda una filosofía,
para la cual en el día
no faltan, por cierto, autores.
Que en la mundanal batalla
siempre ha de pagar tributo
el inocente al astuto,
el hombre honrado al canalla;
y el alma, que satisfecha
duerme, fiada en la justicia,
víctima es de la malicia
que siempre traidora acecha.

PEDRO ¿Y todo eso se desprende
de título tan sencillo?

CÁRM. A veces forja un castillo (A Pedro.)
sin base, que él solo entiende.

EMIL. Es verdad; locos resabios
de mi mente. Vuelvo al drama.
Afirman que hay en su trama
amores que son agravios.

PEDRO Sí que habrá. Ya no se escribe

un drama sin adulterio;
hoy domina este criterio.

EMIL. Pues muy fácil se concibe
la razón que á ello decida.
Siendo la escena un espejo
del mundo, y un fiel reflejo
de lo que pasa en la vida,
si el adulterio es gangrena
que abunda en la sociedad,
fuerza es que la liviandad
también abunde en la escena.
Por eso juzgo derecho
asistir, que si en la intriga
hay pecado y se castiga,
puede servir de provecho.

CÁRM. Provecho no: distracción.

PEDRO Emilio, usted no lo ha visto
y, por más que es hombre listo,
puede ser pura ficción
cuanto del drama refiere.

EMIL. Bien pudiera; no lo niego.

PEDRO En fin, lo veremos luego,
si vivimos y Dios quiere.
(Despidiéndose de Cármen.)
Y no me detengo más.
Conque, hasta la noche.

CÁRM. Adiós.

PEDRO ¿También irá usted? (Despidiéndose de Emilio.)

EMIL. Los dos.
hemos de aplaudir.

PEDRO Quizás. (Vase por el foro.)

ESCENA VII

EMILIO y CÁRMEN

EMIL. Quiero hablar á usted un rato
si no tiene que hacer mucho.

CÁRM. (Con extrañeza.)
¡Hablarme á mí! Ya te escucho.

EMIL. Será breve mi relato.

CÁRM. (¿Qué querrá? Calma y prudencia.)

EMIL. Como es el asunto grave,
(Cerrando la puerta del foro.)
no extrañe cierre con llave.
CÁRM. ¡Hombre, donosa ocurrencia!
EMIL. Tengo para ello motivo.
CÁRM. (Aparentando serenidad.)
Debe ser negocio serio
cuando exige tal misterio
y tanto preparativo.
EMIL. Usted juzgará, y en cuanto
yo le descubra la trama,
verá si es sainete ó drama,
si es digno de risa ó llanto.
CÁRM. Vamos, empiece la historia.
Ya ni á respirar me atrevo. (Con acento burlón.)
EMIL. Tome usted asiento. (Se sientan.) Debo
traer á usted á la memoria
algunos antecedentes
de su existencia pasada.
CÁRM. Yo no la tengo olvidada.
EMIL. Pero ahora son pertinentes.
Cuando mi padre la vió
era usted bella y honesta,
pero también muy modesta,
casi pobre.
CÁRM. Cierto.
EMIL. Yo,
si he de decir la verdad,
aunque niño todavía,
nunca ví con simpatía
aquel enlace. A mi edad
pudo ser nimia aprensión,
mas después ya fué distinto;
primero odié por instinto,
y luego por reflexión.
CÁRM. No necesité gran ciencia
para notar que tu agrado
nunca tuve; mas no he dado
motivo á esa malquerencia.
Al casarme con tu padre,
viéndote huérfano y niño,
procuré con gran cariño
que en mí hallaras otra madre.
EMIL. Las madres son como Dios;

quien por su buena fortuna
llegó á idolatrar en una,
nunca puede tener dos.
Pero dejando esto á un lado,
pues no es cosa del momento,
quiero proseguir mi cuento.
Juzgué, y al fin he acertado,
que era un enlace imprudente
sólo porque hice esta cuenta:
viudo, con más de cuarenta;
niña, con menos de veinte.
En plazo no muy lejano
sucederá, que la esposa
es cada vez más hermosa
y el marido más anciano;
y por fuerza se despega,
aunque existan excepciones,
alma llena de ilusiones
de cuerpo que se doblega.

CÁRM. Está bien. Pero no acierto
á dónde te ha de llevar
discurso tan singular.

EMIL. A un fin bien triste por cierto.
Desde que ha sido su esposo,
no ha tenido usted capricho
que al punto de haberlo dicho
no complazca bondadoso.
Gozó usted de su fortuna,
amor le tuvo sin tasa,
fué usted dueña de esta casa
y no le dió pena alguna.

CÁRM. ¿Y es tu odio á mí tan mortal,
que eso te pesa también?

EMIL. No. Si recuerdo ese bien
es porque usted paga mal.

CÁRM. Tu calma me desespera: (Impaciente.)
me voy si no acabas presto.

EMIL. Escúcheme usted, que el resto
es breve. Por mi carrera
y por causas del servicio,
he estado lejos de aquí
bastantes años. Así
nunca tuve leve indicio
de lo que en casa ocurría.

Hace dos meses llegué,
y desde luego noté
que el mal que yo presentía,
y he mantenido aquí preso (Señalando al pecho.)
desde la primera edad,
era una triste verdad.

CÁRM. ¿Qué quieres decir con eso?

EMIL. (Con energía.)
Digo, que aquel hombre honrado,
que al ver á usté en la pobreza
le dió cariño y riqueza
há tiempo vive engañado;
que ese risueño semblante
es máscara del delito,
que su liviano apetito
se ha procurado un amante.

CÁRM. ¡Já... já... já...! Donoso chiste; (Con risa forzada.)
perdona mi carcajada.
¿Y por sólo esta humorada
todo ese relato hiciste?

EMIL. No crea usted me desconcierta (Sin alterarse.)
tan inoportuna risa.

CÁRM. ¿Y quién es él? Dilo aprisa,
que conviene estar alerta.

EMIL. Sigo, ya que á usted le gusta.
Hay algo más monstruoso
que engañar á un buen esposo;
esto, aunque indigno, no asusta.
Mas lo que no se concibe
es que una mujer elija
de amante, al novio de su hija,
porque Pedro es quien recibe
tal favor...

CÁRM. Basta. No escucho
broma tan inconveniente
por más tiempo. (Levantándose.)

EMIL. (Levantándose también y sin perder la calma.)
Lo prudente
es que no grite usted mucho,
no quizás lleguen á oir
lo que á nadie como á usté
importa que oculto esté
siempre. Y basta de fingir,
pues convendrá usted conmigo

que cuando este paso doy,
es porque seguro estoy
de que es cierto cuanto digo
y tengo pruebas palmarias
para acreditar mi historia.

CÁRM. ¿Cuáles son? (Con recelo.)

EMIL. En mi memoria
bien pudiera buscar varias.
Mas no explicaré en detalle
mil indicios que á porfía
la venden. El otro día
salió usted sola á la calle,
tomó un coche, y con recato
entró usted en una casa
que con frecuencia no escasa,
visita. El llegó á rato.

CÁRM. Coincidencia. No me arredro
por tal suceso, aunque exista;
allí vive mi modista.

EMIL. ¿Y acaso el sastre de Pedro? (Con ironía.)
Es vano afán. En Madrid
hay porteras indiscretas,
y en aquella, unas pesetas
lograron que del ardid
me descubriese la trama.
Hay allí un cuarto primero,
que ella cuida con esmero,
donde acuden una dama
y un galán rendido y fiel:
si no me engañó mi vista,
esa es la sola modista
que usted visita con él.

CÁRM. (¡Perdida estoy!) (Turbada.)

EMIL. Si el delito
no pruebo así concluyente,
mire usted lo que, imprudente,
Pedro aquí mismo le ha escrito.
(Le entrega la carta de Pedro. Cármen la lee rápidamente.)

CÁRM. ¿Cómo se halla en tu poder
esta carta?

EMIL. Fué su hija,
que en Pedro siempre está fija,
quien la logró sorprender.

CÁRM. ¿Y Amalia, sabe?... (Con ansiedad.)
EMIL. No tal;
por fortuna, que bendigo,
vino á consultar conmigo
y he conjurado este mal.
CÁRM. (Rompiéndola precipitadamente.)
Nada confirma esta esquela.
EMIL. Sí; romperla es lo mejor
y aconsejar á su autor
que escriba con más cautela.
CÁRM. Me ofendes con tal porfía;
eso es torpe desatino.
EMIL. No insisto, pues, y termino.
Yo en favor de usted lo hacía,
mas si así la he molestado,
lo probaré de otro modo.
CÁRM. No, si yo no me incomodo.
EMIL. Repito que he terminado.
(Emilio se dirige hacia la puerta. Cármen sostiene un momento de lucha, y por fin, exclama con resolución.)
CÁRM. Bien; y si fuese verdad
lo dicho, ¿cuál es tu intento?
EMIL. (Se detiene, y vuelve lentamente á Carmen.)
Pensé en el primer momento
descubrir tanta maldad.
CÁRM. Medita con detención...
EMIL. He meditado ya mucho
y hace días callo y lucho
buscando una solución.
Y no tome cual merced
este silencio que guardo,
en hablar no fuera tardo
tratando sólo de usted.
Callo la intriga liviana,
porque el golpe que á usted hiere
herida mortal infiere
á mi padre y á mi hermana;
y si en usted es justicia
el escarnio de las gentes,
temo que á los inocentes
muerda también la malicia.
Mas como mucho interesa
terminar esto del todo,
al silencio me acomodo

sólo si hace usted promesa
de obedecer cuanto diga.

CÁRM. En lo posible, tu ruego
complaceré. (Con ira reconcentrada.)

EMIL. Desde luego,
no quiero que Pedro siga
viniendo aquí; yo confío
que usted se lo hará entender
en cuanto le llegue á ver.

CÁRM. Mas con tan brusco desvío
nada, á mi ver, se concilia;
si de repente se ausenta,
Amalia ha de pedir cuenta,
se ha de extrañar la familia.

EMIL. Ese temor no me asalta,
siempre se encuentra un pretexto;
viaje, asunto, mal supuesto,
algo que explique su falta.

CARM. Está bien. (Con despecho.)

EMIL. Usted no ignora
que Amalia idolatra en él,
y sería muy cruel
marchitar en una hora
una vida de ilusión;
es preciso, por lo tanto,
que, sin causarla quebranto,
busque usted la solución
más rápida y conveniente.

CÁRM. ¿Y qué he de hacer?

EMIL. (Con energía.) Que le advierta...

JAIME (Llamando á la puerta del foro.)
¿Quién diablos cerró esta puerta?

CÁRM. (Con rapidez.)
Jaime; ¡por Dios! sé prudente. (Le abre.)

ESCENA VIII

DICHOS y JAIME

JAIME (Que entra con aire satisfecho.)
¡Hola! ¿Qué se conspiraba?...
Sin duda es asunto grave,
cuando cerrásteis con llave.

CÁRM. (Con na uralidad.)
No tal, sólo se trataba
de que nadie interrumpiera.
EMIL. Sí, la cosa era sencilla.
CÁRM. (Con cierto misterio á Jaime.)
Amores que allá en Sevilla
tuvo Emilio.
JAIME (Golpeándole cariñosamente en el hombro.)
¡Ah, calavera!
(Frotándose las manos.)
Pues, señor, buena noticia.
CÁRM. ¿Por qué tan contento vienes?
JAIME (Señalando á Emilio.)
Hay que darle parabienes.
CÁRM. ¿Es asunto de milicia?
JAIME De milicia transitoria.
EMIL. ¿Lograste ya que el ministro?... (Con interés.)
JAIME No he perdonado registro
hasta obtener la victoria.
(A Emilio, con acento de cómica gravedad.)
¡Capitán, vais destinado
al quinto de artillería!
EMIL. ¿Te han dicho la batería?
JAIME Aun no.
CÁRM. Por fin, el traslado... (Con interés.)
JAIME Se ha podido conseguir;
ya las órdenes se han puesto. (A Emilio.)
CÁRM. (¡Sólo me faltaba esto!)
(Con mal contenido enojo.)
JAIME Ahora debes escribir
comunicando la nueva
á tu antiguo coronel.
EMIL. Sí, he de hacerlo, porque en él
siempre de afecto hallé prueba.
JAIME Verá con satisfacción
la cosa.
EMIL. Voy al momento. (Vase por la izquierda.)
JAIME Adiós.

ESCENA IX

JAIME y CARMEN

JAIME Ya va tan contento.
(A Cármen, refiriéndose á Emilio.)
Yo he tenido un alegrón,
porque además del deseo
de tenerlo á nuestro lado,
comprendo que este traslado
le conviene. (Corta pausa.)
¿Y el correo?
Por fuerza debo tener
una carta...

CÁRM. Para tí
hay tres.

JAIME ¿Dónde están?

CÁRM. Allí,
en la mesa.

JAIME Voy á ver...
(Se dirige á la mesa y empieza á abrir las cartas.)

CÁRM. (Con ira y dirigiendo la mirada á la puerta por donde marchó Emilio.)
(¡Ah, señor juez! ¡Cuán impío
te has gozado en mi tormento!
Mas ¡ay de tí, en el momento
que pueda el encono mío
volverte el sangriento ultraje!
Odio por odio, desde hoy
verás, aunque mujer soy
quién lucha con más coraje.)
(Se acerca lentamente á Jaime.)
¿De manera que tu hijo
suspenderá la partida?

JAIME Sí, ya es cosa decidida. (Sin dejar de leer.)

CÁRM. ¿Y en casa, según colijo,
vivirá?

JAIME Naturalmente;
no ha de irse fuera teniendo
su familia aquí.

CÁRM. Comprendo. (Breve pausa.)
¿Y has pensado si es prudente
esa decisión? (Recalcando la frase.)

JAIME (Deja de leer.) ¿Acaso
es ya de pensarlo hora?
CÁRM. Yo juzgo, más previsora,
que quizás sea un mal paso.
JAIME No sé por qué. A su carrera
le sirve de gran provecho,
y yo estoy más satisfecho
que si se encontrara fuera.
CÁRM. Debes meditar con tiento
otras consideraciones.
JAIME ¿Cuáles son? (Con extrañeza.)
CÁRM. (Con intención.) Murmuraciones,
tengan ó no fundamento,
que pueden sobrevenir
y no favorecen nada
á la gente que es honrada.
JAIME No sé qué quieres decir.
Vuestra poca simpatía
te lleva á tales extremos.
CÁRM. Emilio y yo no debemos (Con resolución.)
estar juntos.
JAIME Tal manía
es necesario que cese:
siempre estais cual perro y gato.
CÁRM. Yo, tu voluntad acato,
mas quizás luego te pese.
JAIME ¿Pero no es muy natural (Ya impaciente.)
que yo traiga junto á mí
á un hijo, y que viva aquí?
¿Quién ha de hallar esto mal?
CÁRM. Pues digo, porque conviene, (Con energía.)
que la juventud es loca,
que el deseo la desboca
y no siempre se contiene.
JAIME No es tan insensato Emilio.
Aunque una amorosa intriga
llegase á tener, su amiga
pienso que á este domicilio
no vendrá; y allá en su centro
que obre como mejor quiera.
CÁRM. No temo venga de fuera (Con intención.)
sino que la busque dentro.
JAIME Estás bien impertinente (Enfadado.)
con empeño tan tenaz.

CÁRM. Nada, ya te dejo en paz: (Cambiando de tono.)
¿quieres que calle?... corriente;
¿que vivamos juntos?... bien;
tu mandas. (Con irritación.)
¡Iguales todos!
se les muestra de mil modos
el peligro, y no lo ven. (Vase precipitadamente por la derecha.)

ESCENA X

JAIME, que queda un momento confuso

¡Jesús, qué poco criterio!
¡Llegar hasta suponer!...
Vamos, sólo una mujer
puede imaginar en sério
sospecha tan monstruosa...
Porque ni un punto concibo (Con recelo.)
que él haya dado motivo
á ese temor. (Corta pausa.)
¡Triste cosa
que no haya placer sin duelo!...
Entré lleno de alborozo
y ya se amargó mi gozo
con tan maldito recelo.
(Déjase caer en el sillón y queda pensativo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el anterior.

ESCENA PRIMERA

EMILIO, sentado y en actitud reflexiva.

En qué triste situación
me ha colocado el destino...
Nada; por más que imagino
no hallo pronta solución...
Si callo, tarde ó temprano,
olvidando su deber,
Cármen volverá á ceder...
Y habré de oponerme en vano,
pues cuando el amor inflama
y hasta el crimen nos despeña,
los obstáculos son leña
que siempre avivan la llama.
Y si descubro el delito,
á mi padre le arrebato
su dicha: ¡quizás le mato!
A mi hermana también quito
su esperanza y su ilusión.
Ella que le quiere tanto,
saber que su madre... ¡espanto
produce tal perversión! (Pausa breve.)
No me ocurre forma y modo...
Y he de andar muy sobre aviso.
Esa mujer, si es preciso,

ha de atropellarlo todo
por evitar mi cuidado.
Bien sé que nada le arredra;
tiene corazón de piedra
y conciencia de malvado.

ESCENA II

EMILIO y AMALIA, por la derecha.

AMAL. ¡Hola! ¿Cómo aquí tan solo?
EMIL. Pues ya lo ves; meditaba...
y en algo que te interesa.
AMAL. ¿De veras?
EMIL. Te doy palabra.
AMAL. ¿Y dí, qué es ello? (Con interés.)
EMIL. ¡Curiosa!
AMAL. Puesto que de mí se trata,
justo es que quiera saberlo.
EMIL. Bien; no es cosa reservada.
Vamos á ver; ¿has hablado
á Pedro de aquella carta?
AMAL. ¿De la que ayer te enseñé?
EMIL. Justo.
AMAL. Sí le hablé: no es nada.
Lo que ya tú me habías dicho;
una mentira fraguada
sólo para darme celos.
EMIL. ¿Lo ves?.. Si era cosa clara.
AMAL. A mí me parece turbia,
y me hace muy poca gracia
que así se burle conmigo.
EMIL. No te des tú por burlada.
AMAL. Si no puedo: es mi caracter;
¿qué quieres que yo le haga?
Solo matando el amor
pudiera nacer la calma.
EMIL. Pues tienes que dominarte,
si no, seguirán las farsas.
AMAL. Además, no estoy segura,
aun sospecho que me engaña.
EMIL. ¿Más no dices?..
AMAL. Si no aludo
á lo de ayer.

EMIL. ¿Pero, Amalia,
no te enmiendas? Otra vez
volvemos á las andadas.
¿Qué nuevos motivos tienes?..

AMAL. Tú pensarás que no es nada.
Motivos ciertos no tengo;
son pequeñas circunstancias
que quizás aisladamente
no revisten importancia;
pero que al reunirlas todas,
aunque pequeñas, son tantas,
que casi estoy convencida
de que es cierta mi desgracia!
(Con profundo abatimiento.)

EMIL. Vamos, mujer, no te aflijas.
Todo, al fin, se arregla: calma.

AMAL. Mira; tú sabes que Pedro (Con desconsuelo.)
hace un año que me habla.
Pues bien, los primeros meses
le advertía más constancia;
era mayor su ternura
y también mi confianza.
Hoy no sucede lo mismo;
mientrás más hondo se arraiga
el amor que por él siento,
pienso que el suyo se acaba.

EMIL. Celosas preocupaciones.

AMAL. Lo serán, pero me matan.
Há mucho que está violento:
no se fija si me habla;
procura esquivar mi vista,
y hasta pienso que le daña
le recuerde mi pasión
y fije en él la mirada.

EMIL. Eso es que tú lo imaginas.

AMAL. Eso es que ya no me ama.

EMIL. Pues bien, voy á darte un medio
para probar que te afanas
sin razón.

AMAL. ¿Que medio es ese? (Con curiosidad.)

EMIL. Justamente en el pensaba
cuando viniste.

AMAL. Es verdad;
aun no me has dicho...

EMIL. Tú acabas
de indicarme, que hace un año
visita Pedro la casa.
Le quieres con gran delirio:
su posición es holgada:
la familia lo consiente:
¿por qué entonces no te casas?
¿A cuándo vais á esperar?
AMAL. Él nunca me dijo nada.
EMIL. Principio quieren las cosas,
y para principio, basta
con un año.
AMAL. Mas medita,
no está bien que de mí parta
esa indicación.
EMIL. Corriente;
pero puedes prepararla.
Yo, en tu caso, empezaría
por hablar con cierta maña
á papá y á Cármen.
AMAL. Temo...
Si acaso no les agrada.
¿Y por qué no ha de agradarles?
Chica, si en todo reparas,
te vas á pasar la vida
acariciando esperanzas.
AMAL. Ya una vez á mamá dije
algo de eso.
EMIL. ¿Y qué?
AMAL. Enfadada,
contestó que era muy joven,
que en tal cosa no pensara
todavía.
EMIL. Pues afirmo
que si otra vez lo intentaras,
habías de tener más suerte.
Yo, en favor de tu demanda,
haré también lo posible;
y pienso que no fracasa
mi plan. Ayudando todos,
verás qué pronto se alcanza
el triunfo.
AMAL. ¿Y si él se opusiera?
EMIL. Esa es la prueba palmaria

de que te hablaba hace poco.
Si él ofrece repugnancia,
es cierto que no te quiere,
y en tal caso, ya lo mandas
á paseo.

AMAL. Razón tienes.

EMIL. Y juzgo que, sin tardanza,
debe esto hacerse.

AMAL. Yo estoy
dispuesta á todo.

EMIL. ¿Sí?

AMAL. ¡Vaya!
Como que en este proyecto
soy la más interesada.
Haré lo que tú me dices.

EMIL. Alguien llega.

AMAL. Sí.

EMIL. Pues, anda,
vente á mi cuarto, y allí
daremos por terminada
la obra de misericordia.

AMAL. ¡Qué bueno! ¡Cómo tu hermana
podrá pagarte jamás!...

EMIL. Si esto se logra, me pagas
muy bien; pues mi mayor dicha
es ver feliz á mi Amalia. (Vanse.)

ESCENA III

JAIME que entra de la calle con aire preocupado y queda un momento silencioso

Por más vueltas que le doy...
¿Qué quiso decir Moncada?
«Ya sabes que soy tu amigo;
pues bien, vigila tu casa,
que alguien te deshonra en ella.»
Estas fueron sus palabras;
sí, no hay duda, las recuerdo
cual si estuvieran grabadas
con cincel en mi memoria.
¡No sé cómo tuve calma
para contener mi enojo!

Y ni ruegos, ni amenazas,
lograron que me explicase...
Mas él es persona honrada,
nos queremos como hermanos
há mucho, desde la infancia;
cuando llegó á decir eso,
algo sabe y algo pasa. (Pausa)
Y también Cármen ayer...
Aquellas frases veladas,
aquella hostil resistencia
á que Emilio se quedara,
y esta sospecha cruel
que me va invadiendo el alma,
y mientras más lucho y quiero
del corazón arrancarla,
más incisiva le muerde
y más se afirma y arraiga.
¿Qué se oculta aquí entre sombras?
¿Quién es quien así me ultraja? (Con ira.)
¡Y lo sabrán todos, todos,
menos yo! (Pausa.) Si fuera falsa
esta sospecha. ¡Dios mío!...
¡qué calumnia tan villana!
¡Pero si fuera verdad!...
¡Mas, loco estoy! ¿Por qué causa
me torturo inutilmente?
Cármen sabe lo que pasa
mejor que nadie, seguro.
Le pediré cuenta exacta;
haré que me explique todo;
todo, sí, la cosa es clara.
(Se dirige á la habitación de Cármen, pero al llegar cerca de la puerta se detiene.)
¿Pero qué voy á decirle?...
No debo perder la cálma.
Si le indico mi recelo
y es presunción infundada...
¡qué vergüenza para todos! (Queda pensativo.)

ESCENA IV

JAIME, AMALIA, que sale de la habitación de Emilio

AMAL. (Quien no se arroja, no pasa
la mar, como dice Emilio.
Ahora que está solo... ¡al agua!)
(Se dirige á Jaime y le tapa los ojos con las manos.)
¿A que no aciertas quién soy?
JAIME Sí, suéltame; eres Amalia.
AMAL. ¿Cómo lo has adivinado?
JAIME (¡Disimulemos!) Pues... vaya...
yo á tí siempre te adivino.
AMAL. Menos cuando no te engañas.
¿Cómo te encuentras de humor?
JAIME ¿Por qué esa pregunta extraña?
AMAL. Porque he de decirte algo,
y es la materia tan árdua,
que como no me prometas
y me des formal palabra
de no enfadarte, me callo.
JAIME ¿De quién ó de qué se trata?
¡Por Dios, que estás misteriosa!
AMAL. ¿Prometes?...
JAIME Sí, mujer; habla.
AMAL. Se trata de Pedro.
JAIME Y bien,
¿ha habido nueva agarrada?
AMAL. ¡Si es al revés! Ya que todos
de enhorabuena se hallan...
JAIME (Con extrañeza.)
¡De enhorabuena!... ¿Y por qué?
AMAL. Porque Emilio no se marcha.
JAIME ¡Ah!... Porque Emilio... ¡quién sabe!
AMAL. No; si ya es cosa arreglada.
El me lo dijo.
JAIME Sí, sí.
Más quizás las circunstancias
obliguen...
AMAL. ¿Por qué razón?
JAIME Puede convenir que parta.

Ya sabes que no congenian
Cármen y Emilio.

AMAL. ¡Te engañas!
Si no tienes más motivos
y eso es lo que te embaraza,
repito que te equivocas.
Ya son amigos.

JAIME Aclara lo que dices.
¿Tú qué sabes?

AMAL. Ayer, entrando en la sala,
ví á los dos juntos.

JAIME (Con ansiedad.) ¿Y qué?

AMAL. Pues, que aun hablando en voz baja,
yo escuché que él le decía:
«Principalmente me agrada
quedarme aquí, porque puedo
estar junto á usted.»

JAIME (Cogiéndola una mano violentamente.) ¡Acaba!
¿Qué más llegaste á escuchar?

AMAL. ¡Ay! Papá, por Dios, repara (Quejándose.)
me lastimas la muñeca!

JAIME Es verdad, sí; no pensaba...
Fué sólo una distracción.
¡Mas concluye! ¿Luego?...

AMAL. Nada.
Al verme entrar se callaron.
(Con sencillez.)
Pero juzgo que esto basta
para disipar tus dudas.

JAIME (¡El infierno es quien me habla
por su boca!)

AMAL. (Alarmada.) ¿Mas qué es eso?
¿Te has puesto malo? Tu cara
pierde el color.

JAIME No te alarmes.

AMAL. Estás temblando.

JAIME (Procurando tranquilizarse.) Te engañas.
Me hallo bien. Si te es lo mismo,
ya me contarás mañana
lo que me ibas á decir.
Ahora tengo trastornada
la cabeza con mil cosas...
y he de escribir unas cartas...

AMAL. Te dejo entonces; no hay prisa.

Otro día, con más calma...

JAIME Justo.

AMAL Pues, adiós.

JAIME Adiós.

(Vase por la derecha.)

ESCENA V

JAIME

¡Todos, todos, hasta Amalia,
parece se han conjurado
para torturarme el alma! (Pausa breve.)
Y ahora, más vacilo y temo;
y mientras con luz más clara
se va ofreciendo este enigma,
más me acongoja y espanta
el tener que descifrarle.
Si tales tormentos causa
lo que es solo una sospecha,
¡cuán terrible y cuán amarga
habrá de ser la verdad,
si la verdad es la infamia!

(Se deja caer en el sillón y apoya la cabeza en las manos.)

ESCENA VI

JAIME y CARMEN por la derecha

CÁRM. (De audaces es la fortuna.
Juego el todo por el todo:
mas veré si de este modo
me libro de su importuna
presencia.)

(Se adelanta leyendo un papel. Al llegar á mitad de la escena Jaime levanta la cabeza y la ve.)

JAIME ¡Cármen!

(Cármen da un ligero grito y oculta el papel precipitadamente tras de la espalda.)

CARM. ¿Quién es?

JAIME ¡Soy yo!

CÁRM. ¡Ah!.. No te había visto.
Pensé estar sola...
JAIME ¡Por Cristo!
¿De cuando acá si me ves
te turbas y sientes miedo?
CÁRM. No fué nada... La sorpresa...
JAIME Mucho esa carta interesa,
cuando yo verla no puedo.
CÁRM. No, no es carta: te lo juro.
JAIME Tanto en jurar te apresuras,
que ya dudo lo que juras.
CÁRM. Haces mal.
JAIME ¿No es más seguro
enseñarme ese papel?
CÁRM. Que no es nada te repito.
JAIME No será; pero está escrito, (Con energía.)
y quiero ver que hay en él.
CÁRM. Lo diré, ya que te empeñas.
Es carta para una amiga.
JAIME Si eso es verdad, lo que diga
¿por qué á mí no me lo enseñas?
CÁRM. Porque temo que te irrite.
JAIME Más me irrita tu tardanza. (Con enojo.)
CÁRM. ¡Por Dios, ten juicio y templanza!
JAIME Harás que yo te la quite.
(Adelantándose bruscamente.)
CÁRM. Bien: toma, no seas adusto. (Le da el papel.)
Más promete no enfadarte.
JAIME Bueno. (Con sequedad.)
CÁRM. Yo quise evitarte
que tomaras un disgusto.
JAIME Agradezco la intención;
más te ha salido al revés.
(Desdoblando el papel.)
¡Para Emilio!
CÁRM. ¡Ya lo ves!
JAIME ¡Me lo daba el corazón! (Leyendo.)
«Emilio, no puedo admitir de tí otra clase
»de cariño, que el que inspira una madre.
»Hasta ahora he callado sin darme por en-
»tendida á tus deseos, creyendo que perma-
»necerías poco tiempo en casa. Hoy que tu
»estancia aquí es definitiva, tengo que ad-
»vertirte que, de insistir en tus locos propó-

»sitos, me veré en la dura necesidad de de-
»círselo á Jaime.»—(1)

CÁRM. ¡No te enfades; te lo ruego! (Con cariño.)

JAIME ¡Deshonrado por un hijo! (Con abatimiento.)

CÁRM. Ya ves; sin querer te aflijo.

JAIME ¡Y aun pides tenga sosiego!

CARM. ¡Por Dios, calma tu inquietud
y olvidemos lo pasado!

JAIME ¡Más que su torpe pecado,
me aflije su ingratitud!

CÁRM. Verás como pronto olvida
su insensato desvarío.

JAIME ¡Pero el golpe es tan impío
que me ha de costar la vida!

CÁRM. Tu imaginación es loca
y exageras... Aunque culpes...

JAIME No quiero que lo disculpes. (Con enojo.)
¡Yo sé lo qué hacer me toca!
Y tú, ¿por qué te has callado?
¿Por qué en el mismo momento,
que sospechaste su intento,
noticia de él no me has dado?
¿Es que ello no me interesa?
¿Es que el amo de esta casa
ha de inquirir lo que pasa
merced sólo á una sorpresa?
¿Qué confianza de tí espero,
cuando en asunto tan grave,
soy el último que sabe,
lo que he debido el primero
saber?

CARM. Tu cargo es injusto.
Callé su loco arrebato
sólo porque mi relato
sé que iba á darte un disgusto.

JAIME Pero, ¿no tuviste en cuenta
que al no cortar de raiz
el mal, lo que era desliz,
pudo trocarse en afrenta?

---

(1) El autor durante la lectura de esta carta, debe manifestar en sus miradas, gestos y entonación, los diferentes sentimientos de estupor, amargura y abatimiento que se van apoderando de su espíritu.

CÁRM. Eso, ¡jamás! Mi altivez
se ofende con esa duda.
Yo no necesito ayuda
para guardar mi honradez.
Si no reclamé tu auxilio,
tan sólo por tu bien era;
mas nunca porque temiera
las acechanzas de Emilio.

JAIME Pues aun siendo de ese modo,
obraste con poco tiento.
Si yo del primer momento
lo hubiese sabido todo,
facilmente lo ocurrido
evitara sin demora;
ni él viviera en casa ahora,
ni yo hubiese permitido
lo trasladaran aquí.

CÁRM. Ayer lo indiqué bien claro,
y hasta puse algún reparo
á su estancia en esta.

JAIME Sí;
mas callaste lo esencial.

CÁRM. Jaime, tu rigor me aflige;
piensa que si no lo dige
fué por no agravar el mal.
¿Había yo de malquistarte
con el hijo que amas tanto,
produciéndote un quebranto
que bien pudiera evitarte?
¿No hubiese sido imprudente,
si tu enojo irreflexivo
acaso daba motivo
al murmurar de la gente?
¿Era tan extremo el caso
para romper el secreto?
¿No le impuse yo respeto?
¿He sido debil acaso? (Afligida.)
Por tanto, mi proceder
fué honrado... ¡y ahora me apenas,
é inflexible me condenas!

JAIME ¡Quién pudiera suponer!...
(Como hablando consigo mismo.)
Pero, en fin, yo necesito
averiguar por entero

la verdad desnuda. Quiero
que me expliques este escrito.
Para apreciar su doblez,
debo conocer su falta.

CÁRM. ¡Qué empeño! ¡La ira te exalta!

JAIME ¿Acaso puedo ser juez (Animándose por grados.)
cuando por completo ignoro
lo ocurrido entre los dos?

CÁRN. Jaime, medita por Dios,
que ha de sufrir mi decoro...

JAIME Sí, ya sé; pero responde. (Con energía.)
Más me ofende á mí este asunto,
y, sin embargo, pregunto.
Quiero saber hasta dónde
mi desdicha alcanza. Dí:
¿qué te dijo Emilio?

CÁRM. (Confusa.) Nada...
Yo tan sólo en su mirada
adiviné y comprendí
inclinaciones... antojos...
Ya sabes que á una mujer,
siempre es fácil sorprender
lo que está escrito en los ojos.

JAIME ¿Y qué?

CÁRM. ¿Aún quieres prosiga?

JAIME ¡No basta!

CÁRM. (Esforzándose.) En palabras sueltas,
á veces fueron envueltas
las pretensiones que abriga.

JAIME ¿Qué más?... ¡No basta tampoco! (Impaciente.)
Pueden ser vanos supuestos.
¿Qué propósitos son estos
de que le hablas? (Señalando el papel.)

CÁRM. Estás loco,
y no habrá quien te convenza.
Tú y yo pasamos mal rato...

JAIME (Con enojo.) ¡Pues, concluye tu relato
y concluirá esta vergüenza!

CÁRM. (Con resolución.) Pues bien; hace pocos días
me dió á entender su deseo
francamente y sin rodeo.
¡No ha pasado más!

JAIME ¿Me fías
que esa es la verdad completa?

CÁRM. Sí, Jaime: te lo aseguro.
JAIME Está bien: ya no te apuro.
Puedes marcharte.
CÁRM. No: inquieta
y con cuidado estaré,
si te dejo solo aquí.
¿Qué intentas?
JAIME ¿Qué intento?
CÁRM. Sí.
JAIME (Abatido.)
¿Yo mismo, acaso lo sé? (Pausa.)
A veces en mi alma estalla
la cólera y la repulsa,
y loca intención me impulsa
de correr á donde se halla,
y entre mis crispadas manos,
en este mismo momento,
extrangularle violento...
CÁRM. ¿Y han de ser mis ruegos vanos?
JAIME Otras, me vence el cariño,
y me acosa angustia extrema
que hace que vacile y tema
cual si fuera un debil niño.
CÁRM. Jaime, sin razón te apuras.
Aún tiene fácil remedio;
poniendo tierra por medio
verás qué pronto conjuras
el mal. Si es cosa sencilla.
Tú, bajo cualquier pretexto,
le dices que ahora has dispuesto
vuelva otra vez á Sevilla.
El, esta casa abandona...
JAIME ¡Y ha de salir sin castigo! (Colérico.)
¡Sin saber que le maldigo!
(Con cariñosa persuasión.)
CÁRM. ¡Por Dios, Jaime! Reflexiona
que ese empeño es temerario,
y así nada se concilia.
Vas á dar á la familia
un disgusto innecesario.
Vas á hacer, y esto es más grave,
que al ver tu enojo indiscreto,
sospeche el mundo un secreto
que hasta ahora ninguno sabe.

Te pedirá explicación.
—porque es natural la exija,—
¡hasta nuestra propia hija!

JAIME ¡Acaso tienes razón! (Dudando.)

CÁRM. Nada; sigue mis consejos,
pues sólo mi amor te arguye.
Todo este asunto concluye
cuanto Emilio se halle lejos.

JAIME Bien: haré lo que deseas. (Con violencia.)
¡Mas si se pone á mi vista,
quizás en vano resista!...

CÁRM. No es preciso que le veas
por el momento. Más tarde;
otro día, ya tranquilo,
lo llamas, y con sigilo,
sin mostrar violento alarde,
le dices que es conveniente
vuelva á Sevilla.

JAIME Sí: presto.

CÁRM. No ha de faltarte un pretexto.
¡Y sobre todo, prudente,
por Dios! Si Emilio sospecha
que por mí lleva un disgusto,
me odiará, y esto no es justo.

JAIME Tales temores desecha,
y ahora, déjame.

CÁRM. Ya voy.

JAIME Quiero estar solo.

CÁRM. Ten calma.

JAIME ¡Aunque quisiera, en mi alma (Con aflicción.)
no ha de haberla desde hoy!

(Cármen se dirige á sus habitaciones, y se detiene al llegar cerca de la puerta, mirando á Jaime.)

CÁRM. (¡Acaso fuí muy allá;
mas retroceder no puedo
y hay que seguir con denuedo.
Echada la suerte está!)

ESCENA VII

JAIME, que queda un momento con la cabeza escondida entre las manos

Yo perderé la razón
ó haré cualquier desatino,
si mucho en esto imagino. (Pausa.)
¡Y qué torpe ofuscación!
No haber comprendido nada
ni hecho el más leve reparo,
cuando todo estaba claro
en su gesto, en su mirada
y en otros mil pormenores
que ahora me explico y recuerdo.
¡Y he sido tan poco cuerdo,
que sus manejos traidores
no pude ver!... Ayer mismo,
al llegar del ministerio,
bajo llave y con misterio
le hablaba aquí. ¡Qué cinismo!
¡Y ni entonces su malicia
noté; y en aquel momento,
vine lleno de contento,
para darle la noticia
del traslado! (Breve pausa.) Y es urgente
poner límite al agravio.
Quizás si calla mi labio,
su loca pasión intente
satisfacer de algún modo
ese monstruoso apetito...
¡En quien pensó tal delito (Con amargura.)
hay que suponerlo todo!
¡Sí; no tengo otro remedio!
Si no quiero que me alarmen
estos temores, de Cármen
debo evitar el asedio.
Y esto pronto, sin tardanza;
tal vez si espero otro día...
¡Él viene! ¡Cuánta osadía!
¡Dios me depare templanza!

ESCENA VIII

JAIME y EMILIO por la izquierda

EMIL. (Satisfecho.)
Pues, señor, no dirás que pierdo el tiempo.
Ya todos mis asuntos puse en regla.
Esta mañana le escribí á mi antiguo
Coronel, noticiándole la nueva
de mi traslado aquí; hice en seguida
varias presentaciones de etiqueta;
ví tambien á los Jefes de mi cuerpo,
y, por último, ya me han hecho entrega
del mando; la tercera batería.

JAIME (Con sequedad.)
Mucho hiciste; mas tantas diligencias
inútiles han sido.

EMIL. ¿Por qué causa?

JAIME Porque he resuelto que á Sevilla vuelvas.

EMIL. Supongo que eso lo dirás de broma.

JAIME Para bromas no estoy; hablo de veras.

EMIL. (Con extrañeza.)
Mas, ¿qué necesidad á ello te obliga?
¿Quién reclama en Sevilla mi presencia?
Pienso que no será sólo un capricho.

JAIME Necesidad, capricho ó conveniencia,
lo he decidido ya, y ha de ser pronto.

EMIL. ¿Por qué, entonces, pediste mi licencia
y tanto has pretendido este traslado?

JAIME Porque entonces pensé de otra manera,
y luego, al meditarlo con más calma,
de opinión he cambiado.

EMIL. Pero, piensa
que obrar así no es serio; todo el mundo
al saber que, sin causa manifiesta,
lo que ayer se consigue hoy se deshace,
¿qué dirá de nosotros?

JAIME Lo que quieran.
Yo no he de sujetarme á lo que digan.
Para salir del paso, tú pretextas
cualquier motivo, enfermedad, disgusto...
lo que mejor te ocurra.

EMIL. Y cuando vuelva
á mi antiguo destino y me pregunten
¿qué explicación daré que juzguen buena?
JAIME Si volver á Sevilla te repugna.
yo puedo hacer que á otra ciudad cualquiera
te destine el Ministro. Tú la eliges.
Todas menos aquí.
EMIL. (Con extrañeza.) ¡Tal insistencia!
¡Padre mío! Sé franco; algo te pasa.
Nunca me hablaste tú de esa manera.
¿Por qué me miras con adusto ceño?
¿Por qué tus frases son duras y secas?
¿Por qué muestras airado tu semblante?
¿Por qué me arrojas de la casa ésta,
—porque eso es arrojarme, sí,—arrojarme
de esta casa en que ví la luz primera,
en que murió mi madre idolatrada
y recibí su bendición postrera?
JAIME Esa sombra querida que ahora invocas,
mi conducta aprobára si viviera.
EMIL. ¿Qué estás diciendo?
JAIME (Con imperio.) ¡Véte!
EMIL. ¡No es posible!
¿Qué variación tan repentina es esa?
Ayer mismo me hablabas cariñoso,
y sin que medie discusión ni queja,
hoy me tratas así?... ¿Qué es lo que ocurre?
¿Quién pudo ocasionar tal diferencia?
¡Mírame! No, no apartes la mirada;
déjame que en tus ojos entrevea
lo que existe en el fondo de tu alma.
JAIME (Con amargura.)
¡Si á ese abismo asomarte consiguieras,
mirarías, con gran remordimiento,
tanta amargura y aflicción tan negra,
que, al contemplar el daño que causaste,
espantado, tal vez retrocedieras!
EMIL. Si acaso te ofendí sin yo saberlo,
dispuesto estoy á reparar la ofensa;
(Con acento suplicante.)
mas no me martirices de esa suerte;
mira que es tu hijo quien así te ruega.
¿Exige tu ventura y tu reposo
que abandone esta casa?... ¡Pues bien; sea!

Yo partiré sin vacilar un punto,
no á Sevilla, más lejos, donde quieras.
¡Me quitaré la vida si es preciso!...
pero, padre, por Dios, que yo antes sepa
cuál pudo ser la causa de tu enojo:
cuál pudo ser mi agravio.

JAIME Tu conciencia
te lo repite á voces ahora mismo,
aunque ignorarlo finges y aparentas.
Ya no me engañan tales disimulos.

EMIL. ¡Oh! ¡qué crueldad! ¡Me acusas y condenas,
y no me dás después ni aun el consuelo
de que yo me sincere y me defienda!

JAIME Eso es inútil. Ya habrás comprendido
que cuando tomo esta actitud resuelta,
es que todo lo sé: huelgan, por tanto,
aspavientos que son farsa y comedia.

EMIL. (Con resolución.)
Pues yo averiguaré lo que tú ocultas.
¡Hace rato me acosa una sospecha
que vá tomando cuerpo lentamente,
y se ha trocado ya casi en certeza!
Cármen, sin duda, fué quien me calumnia.

JAIME (Al oir el nombre de Cármen hace un movimiento de ira; pero se contiene y exclama con sarcasmo.)
¡Pronto adivinas y muy bién inventas!
No es mal recurso, no; culpando á Cármen
tu virtud acreditas.

EMIL. (Con arrebato.) Si mi idea
culpa á tu esposa, es que tu esposa sólo
es capaz de esa infamia.

JAIME (Con cólera.) Tén la lengua,
ó mi cólera harás que al fin estalle,
y castigue tu audacia y tu insolencia.
¡Sal pronto de mi vista! ¡Véte pronto!
¡Mira que ya se agota mi paciencia,
y de mí no respondo si aquí sigues!

EMIL. ¿Lo vés? ¿Lo vés? ¿Te irritas y me increpas?...
¡Luego toqué en la llaga! ¡Lo sabía!

JAIME (Con desprecio.)
Siempre el alma ruin, juzga perversa.
Si pecó Cármen, fué por callar mucho;
mas supo resistirse con firmeza
á tus torpes deseos. ¡No fué Cármen

quien me contó tus miras deshonestas,
pero guardó mi honor; mi honor que es tuyo,
y que tú, sin embargo, no respetas!

EMIL. (Que empieza á comprender.)
¡Jesús! ¡Qué estás diciendo! ¿Tú supones
que yo, loco, de Cármen pretendiera?...

JAIME (Con dureza.)
¡De Cármen, que debiste mirar siempre
como á sagrado altar que se venera,
que es mi esposa, la esposa de tu padre,
y quisiste trocar en tu manceba!

EMIL. ¡Cuánta maldad! ¡Qué intriga tan villana!
¿Y tú, crédito has dado á tal vileza?

JAIME ¿Te atreverás también á desmentirme?

EMIL. (Con irritación.)
¿A desmentirte?... ¡Sí! ¡Lástima fuera
que por temor á vanos miramientos
esa calumnia vil no desmintiera!
(Arrebatándose cada vez más.)
¿Tú lo soñaste?... ¡Pues mintió tu sueño!
¿Lo dijo ella también?... ¡Pues mintió ella!
¡Mintieron todos los que tal afirmen;
y he de arrancar la miserable lengua
al villano impostor que de ese modo
arroja sobre mí tamaña ofensa!

JAIME No hacen falta al delito acusadores:
tarde ó temprano, él mismo se revela.

EMIL. Pues demuestra al momento lo que dices;
porque tú, sin tener palpables pruebas,
no has podido lanzar sobre tu hijo
acusación tan dura y tan tremenda.

JAIME ¡No necesito darte prueba alguna:
las tengo... y ojalá no las tuviera!
Ahora mismo, ¿cuál puede ser más clara,
que esta conversación que me avergüenza?
¿Pudiste imaginar, que si en mi pecho
no estuviese arraigada la evidencia,
trataría contigo de este asunto
que nos mancha á los dos? ¿Acaso piensas
que el inmenso cariño que te tuve,
pudo matarlo sólo una sospecha?

EMIL. ¿Dices que es evidente?... Pero, ¿cómo?...
¿Quién infiltró en tu alma esa creencia,
que así te hace afirmar lo que es absurdo?

(Con desesperación.)
¡Habla, padre! También ya mi paciencia
se agota, y saber quiero si esta infamia
hija es de la maldad, ó la demencia!

JAIME ¡Vete pronto!

EMIL. (Con acento amenazador.) ¡Medita lo que haces,
pues si mucho me apuras y me estrechas,
hablaré yo... ¡y entonces, quizás llores!

JAIME ¡Me amenazas!... ¡Tan sólo eso te resta!

EMIL. ¡Yo amenazarte!... No; ruego... ¡y exijo!

JAIME ¡A mí!

EMIL. ¡Sí! ¿Qué te admira?... ¿Consideras
que, por venir de un padre, ya es forzoso
aceptar impasible tal vergüenza?
Yo te debo instrucción, hogar, fortuna;
te debo más: ¡te debo la existencia!
Todo eso es tuyo, tómalo si quieres,
no saldrá de mis labios una queja.
(Con acento solemne.)
¡Pero hay algo que no te pertenece;
algo que sólo á Dios debe dar cuenta;
algo, en fin, que no admito que lo ultrajes...
y ese algo es la honradez de mi conciencia!

JAIME No la ultraja mi boca, ¡desdichado!
¡Antes de hacerlo yo, se ultrajó ella!

EMIL. ¿De modo, que no puedo convencerte?

JAIME En vano multiplicas tus protestas,
y hora es ya de que acabe por completo
esta enojosa y repugnante escena.
(Jaime se dirige hacia el foro. Emilio se interpone, cerrándole el paso.)

EMIL. ¿Y te has de ir juzgándome culpable?...
¿Y no hay forma posible de que creas?...

JAIME En verdad que estás bien provocativo,
y es tu audacia mayor que tu torpeza.
(Acercándose á él.)
¿Pretendes que te juzgue como á un santo,
cuando la misma voz de la inocencia,
la voz de Amalia, de tu propia hermana,
me reveló hace poco tu licencia?

EMIL. (Con sorpresa.)
¡Amalia!... ¿Y ello dijo?...

JAIME Casualmente
frases te sorprendió, que su pureza

no supo interpretar, pero en las cuales
tus livianos deseos se demuestran.

EMIL. ¡Ahora más me confundo!... ¿Yo, qué dije?...
(Como hablando consigo mismo. Corre á las habitaciones de Amalia y grita.)
¡Amalia! ¡Amalia!

JAIME. (Con voz de mando.)
¡Calla! ¿Acaso intentas
sonrojar á esa niña, que esto ignora,
contándole maldades y miserias?

ESCENA IX

DICHOS y AMALIA por la derecha

AMAL. ¿Me llamáis?

EMIL. (Cogiéndola de la mano.) ¡Ven aquí presto!

JAIME (Con voz amenazadora.)
¡Ni una palabra!

EMIL. (Sin atender á Jaime.) Dí, ¿cuándo?...

JAIME (Separando violentamente á Emilio de Amalia.)
¡Silencio! ¡Yo te lo mando!

AMAL. (Asustada.)
¡Pero, Dios mío! ¿qué es esto? (Pausa.)

JAIME (Procurando reponerse.)
Nada. Cosa muy sencilla,
y no sé por qué has venido.
Tu hermano está decidido
á regresar á Sevilla.
Y hasta que á su petición
el ministro no responda,
quiere marcharse á una fonda.

EMIL. (Con angustia.)
¿Me arrojas? ¡Qué humillación!
(Se cubre el rostro con las manos.)

JAIME En suma, Emilio desea
vivir libre, cual ya he dicho.
Yo respeto su capricho,
y casi aplaudo esa idea.

AMAL. (Sorprendida.)
¿Pero cómo pensar pudo
tan repentina mudanza?
(Aproximándose á Emilio.)

¡Habla! Mi mente no alcanza...
Emilio, ¿te has vuelto mudo?

EMIL. (Retrocediendo y con acento de profunda desesperación.)
¡No te acerques! Porque siento
tal crispación en las manos,
tales instintos villanos
y tan feroz pensamiento,
que en este supremo trance,
es facil ¡fuera quien fuera!
que estrangulado saliera
el que se ponga á mi alcance.
¡Me marcho, sí, y ahora mismo!
(Con resolución.)
Me marcho porque no puedo
contenerme, y tengo miedo
de rodar hasta el abismo.
¡Adiós, padre! ¡Yo, insensato,
pretendí vengar tu ofensa:
tú, en cumplida recompensa,
me juzgas traidor, ingrato!
¡Adiós! ¡Para siempre adiós!
¡Injusto fuiste conmigo!
¡Ya verás cómo el castigo
va de la injusticia en pos!
(Vase por la izquierda precipitadamente.)

ESCENA X

JAIME y AMALIA

AMAL. ¡Padre! ¡Padre!.. ¡Por piedad! (Con ansiedad.)
¡Dime lo que ha sucedido!

JAIME. ¿Piensas, acaso que he sido
injusto con él, verdad?
¿Piensas, quizás con espanto,
que fué mucha mi dureza?..
¡Pues ya ves!... ¡tanta firmeza,
ocultaba sólo el llanto!
(Se deja caer en el sillón y oculta el rostro entre las manos.)

AMAL. ¡Por Diós! ¡Recobra la calma! (Con aflicción.)
¿Por qué, si eres tan amante

de tu Amalia, en este instante,
me estás torturando el alma?
¡Nunca te hallé de esta suerte!

JAIME. (Como buscando la aprobación de Amalia.)
No fué mi rigor capricho:
tú lo oistes, me lo has dicho,
y se callaron al verte...
¿Luego era cierto?

AMAL. No sé,
ni ahora te entiendo tampoco.

JAIME. ¡Más vale así! ¡Soy un loco!
No preguntes.

AMAL. ¿Y por qué?
Aquí hay un misterio oculto.

JAIME. ¡Misterio existe, y tan grave, (Con tristeza.)
que en tu conciencia no cabe
y á tu pudor fuera insulto!

AMAL. Más á Emilio, ¿qué le pasa? (Con insistencia.)
¿por qué huye de esa manera?

JAIME. ¡Me atormentas! ¡Vamos fuera! (Con enojo.)
No quiero estar en la casa
ni verlo.
(Se dirigen á la puerta, y ya cerca de ella, Jaime se detiene para mirar á la habitación de Emilio.)
¡Ah, su cariño,
procuro arrancar del pecho
y lucho en vano!
(Haciendo un último y supremo esfuerzo.)
¡Esto es hecho!
¡No más flaquezas de niño! (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

EMILIO, que al salir de su habitación se detiene un momento para mirar á la escena. Trae el sombrero en la mano.

EMIL. Se marchó. Salgamos presto.
Ya no vacilo ni dudo.
¡Ha sido el combate rudo,
pero al fin estoy dispuesto!
Fácil fuera mi inocencia
probarle y su torpe error;
pero me falta valor

para amargar su existencia. (Con resolución.)
Partiré sin vacilar,
porque á pesar de su encono,
le amo mucho... ¡y le perdono!
(Se dirige hacia el foro y ya cerca de la puerta se detiene mirando en torno suyo con profunda tristeza.)
En este querido hogar
pasó mi vida de niño;
aquí con dulce embeleso.
su primer y último beso
me dió el maternal cariño.
Aquí gocé mil venturas.
Aquí nunca sufri engaños.
Aquí corrieron mis años
sin pesares ni amarguras.
¡Y ahora mi presencia infama
cuanto amé! ¡Y así me hostiga
urdiendo tan torpe intriga,
quien mi otra madre se llama!
¡Porque ella fué, aunque él lo niega;
ella, la infame impostora!... (Con ira.)
¿Y ha de verse impune ahora?...
¡Ah, no! Hasta eso no llega
mi virtud. Salir maldito
por mi padre, deshonrado,
sólo porque sin cuidado
quieren gozar su delito...
¡No ha de ser! ¡Para él, mi furia,
si Dios hace que le venza;
y para ella, la vergüenza
del desprecio y de la injuria!
¡Germán! (Llamando. Suelta el sombrero.)

ESCENA XII

EMILIO y GERMÁN por el foro

GERM. ¿Llamó el señorito?
EMIL. ¿Sabes si está la señora?
GERM. Se encuentra en su cuarto ahora.
EMIL. Pues dila que necesito
hablarle, y aquí la espero.
GERM. Está bien.

ESCENA XIII

EMILIO

En su conciencia,
tan sólo con mi presencia
ha de encontrar juez severo.
Y no sacará partido
de su fingimiento y maña;
veremos si á mí me engaña
como engañó á su marido. (Pausa)
Siempre me inspiró despego
esa mujer; parecía
que mi instinto presentía
lo que ha sucedido luego.

ESCENA XIV

EMILIO y CÁRMEN por la derecha

CÁRM. (Si Jaime habrá dicho algo)...
¿Me llamabas?
EMIL. (Con ironía.) ¡Adelante!
Como dentro de un instante
quizás para siempre salgo,
de aquí, marchar no quería
sin despedirme de usted,
á quien debo gran merced.
CÁRM. (Aparentando sorpresa.)
¿Te vas?... Pues nada sabía.
¿No te quedabas aquí?
EMIL. Mudé opinión.
CÁRM. Sin embargo,
no será el viaje tan largo
para despedirte así.
EMIL. ¡Quién sabe!
CÁRM. Ya tornarás...
y, en fin, siendo por tu gusto...
¿A Sevilla vuelves?
EMIL. Justo;
pero á esta casa jamás.

CÁRM. No me explico esa aversión...
Mas, ¿te aflige algún cuidado?
EMIL. ¿Qué, me halla usted demudado?
CÁRM. Podrá ser vana aprensión;
mas, parece te percibo
con inquietud y violencia.
EMIL. ¿No grita á usted la conciencia
cuál puede ser el motivo?
CÁRM. ¿Por qué?
EMIL. De aquí en adelante,
como ya no habrá indiscreto,
bien podrá usted, sin secreto
ni temor, ver á ese amante
que tan rendido la asedia.
CÁRM. ¡Emilio!
EMIL. (Con severidad.) ¡Callad, señora!
Es fuerza escucharme ahora,
y basta ya de comedia.
CÁRM. (Sobresaltada.)
¿Qué intentas?
EMIL. ¡Intento sólo
matarle! ¡Que usted confiese,
y que por completo cese
tanta infamia y tanto dolo!
CÁRM. (Con altivez.)
¡Emilio, contén la lengua!
¿No he cumplido tu mandato?
¿Por qué, pues, ese arrebato?
EMIL. (Con energía.)
¡Porque de mi honor en mengua,
y en favor de sus antojos,
ha dicho usted á mi padre
que en una... *tan buena madre*
he puesto lascivos ojos!
¡Y obró usted de tal manera,
con tal astucia lo ha hecho,
y arraigó usted en su pecho
tan profunda esa quimera,
que por fin ha conseguido
llevarlo hasta el fiero trance
de que, iracundo, me lance
de esta casa en que he nacido!
CÁRM. La ira ciega tu razón.
EMIL. Mas no niega usted la culpa.

CÁRM. No tengo que dar disculpa
de tan absurda invención.

EMIL. Finge usted con tal maestría
que hasta la honrada altivez
simula; mas esta vez
es inútil.

CÁRM. ¡Tal porfía!...
¿Qué pretenden tus enojos?

EMIL. A mi padre ha escarnecido;
mi hermana infeliz, ha sido
víctima de sus antojos.
Libre de tales amaños
quedaba yo solamente,
y también, siendo inocente,
hoy lamento sus engaños.
A los tres el duelo acosa,
aunque por causa diversa;
por tanto, es usted perversa
cual mujer, madre y esposa.
¿Piensa usted que no merece
tal conducta su castigo?

CÁRM. (Alarmada.)
Una y cien veces te digo
que es falso.

EMIL. (Sin escucharla.) ¿No le parece
que fuera indigno de un hombre
presenciar esto, inmutable?

CÁRM. ¡Soy tu madre!

EMIL. (Con irritación.) ¡Miserable!
¡Respete usted ese nombre!
¡Quien por el cieno se arrastra
y ofende de esa manera
todo pudor, ni siquiera
puede servir de madrastra!

CÁRM. (Con resolución.)
Concluyamos de una vez.
¿Qué pretendes?

EMIL. Que al instante,
aquí mismo, y yo delante,
descubra usted su doblez
calmando la ciega ira
de mi padre; que le advierta
que esa intriga vil no es cierta:
que ha dicho usté una mentira.

CÁRM. ¿Cómo quieres que le llame,
y así me confiese reo
siendo inocente?

EMIL. (Exasperado.) ¡Yo veo
que es usted, sólo una infame!

CÁRM. (Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)
Ciego estás y te abandono.

EMIL. (Cerránrola el paso.)
Es inútil que lo intente
miéntras esté yo presente.

CÁRM. (Con despecho.)
¿Aun no has saciado tu encono?
¿Quieres que siga con calma
escuchando tus agravios?

EMIL. ¡Si yo ofendo con los lábios,
usted envenena el alma!
¡Le molesta mi coraje
y no repara en su injuria!
¡Aun siendo grande mi furia,
no ha de igualar al ultraje
que urdió su hipócrita maña!

CÁRM. (Con energia.)
Si no dejas paso franco,
pido auxilio.

EMIL. (Con acento amenazador.)
¡Y yo le arranco
la lengua!

CÁRM. ¡Valiente hazaña!
Ese rasgo de valor,
antes que de un caballero,
es digno de un bandolero.

EMIL. ¡Y digno de su impudor!
¡Quien respeto inspirar quiera,
procure guardar su fama.
Caballero, con la dama;
bandido, con la ramera!

CÁRM. ¡Esos cobardes insultos
sólo me inspiran desprecio!

EMIL. Ni yo ambiciono su aprecio,
ni quiero llevarme ocultos
tales manejos livianos.

CÁRM. ¡Pues á todo estoy resuelta
(Procurando escapar.)
¡Aparta!

EMIL. ¡No!
(Cogiéndola violentamente por un brazo.)
CÁRM. (Con rabia.) ¡Suelta! ¡Suelta!
¡Me haces daño!
EMIL. (Enfurecido.) ¡De mis manos
vá usté á sentir el rigor!
CÁRM. ¡Suéltame! ¡Suéltame ó grito!
EMIL. ¡Confiese usted su delito!
CÁRM. (Gritando.)
¡Jaime! ¡Socorro! ¡Favor!
EMIL. ¡Sí! ¡Que venga; y á fé mía,
que á sus piés ¡así!
(La arroja violentamente al suelo.)
de hinojos,
va usté á calmar sus enojos
confesando su falsía!
CÁRM. (Con acento suplicante.)
¡Piedad! ¡Emilio! ¡Por Dios!
EMIL. (Con furia.)
¡Grite usted más! ¡Si eso quiero!
¡Vengan! ¡Así el mundo entero
podrá juzgar de los dos!

ESCENA XV

DICHOS y AMALIA por el foro

AMAL. (Alarmada,)
¿Quién grita?...
CÁRM. (Con desfallecimiento.)
¡Perdón!
EMIL. ¡Tampoco!
AMAL. (Viendo el grupo de los dos corre hácia ellos con angustia.)
¡Emilio! ¡Madre!
CÁRM. (Tratando de levantarse.)
¡Hija mía!
EMIL. (Queriendo sostenerla de rodillas.)
¡No cederé en mi porfía!
AMAL. (Poniéndose en medio y separándolos.)
¡Aparta, Emilio¡ ¡Estás loco!

CÁRM. ¡Matarme quiso! (Con voz desfallecida.)
EMIL. (Con ademán amenazador.) ¡Aún no es tarde!
AMAL. (Protegiendo á Cármen.)
¡Quien á una mujer maltrata,
es un malvado!
EMIL. (Con voz terrible.) ¡Insensata!
¡Sella el labio!
AMAL. ¡Y un cobarde!
EMIL. ¡Defensa extraña en verdad!
¡Unir al sarcasmo plugo,
la víctima y el verdugo
en un abrazo!
CÁRM. (Suplicando.) ¡Piedad!
EMIL. (Fuera de sí.) ¿Quiéres saber, desdichada,
quién el cariño te quita
de Pedro?
CÁRM. (Con suprema angustia á Emilio.)
¡Por Dios, medita!...
EMIL. (Sin hacerla caso.)
¿Quién es tu rival odiada?
AMAL. ¿Qué dice? (Con ansiedad.)
CÁRM. (A Amalia.)
¡No, no lo creas!
EMIL. ¡Sí, aunque el pecho te taladre!
¡Esa! ¡Mírala! ¡Tu madre!
AMAL. ¡Qué escucho!
(Cubriéndose el rostro con las manos.)
CÁRM. (A Emilio con profunda expresión de odio.)
¡Maldito seas! (Pausa.)
EMIL. Llora, infeliz; de ese modo
hemos de pagar sus culpas!
(Con voz amenazadora.)
¡Y aún la amparas y disculpas!
AMAL. (Protegiendo á Cármen.)
¡Es mi madre antes que todo!
EMIL. ¡Pobre niña! ¡Tú eres buena!
¡Mas quiso el destino aciago
darte por materno halago
los ultrajes de esa hiena!
¡Defiéndela! ¡Usted la hiere,
y ella, en cambio, á usted escuda!
¡Si por completo no es muda
su conciencia, y aun la quiere,
me marcho con la esperanza

de que al ver sus sufrimientos,
tendré en los remordimientos
de usted, mi mejor venganza!
(Vase precipitadamente por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que el anterior

ESCENA PRIMERA

JAIME y CÁRMEN, esta última sentada en una butaca, en actitud reflexiva. Al levantarse el telón, Jaime sale por la izquierda, como disponiéndose á marchar á la calle.

CÁRM. ¿Vas á salir?
JAIME Vuelvo pronto.
CÁRM. Puedes estar satisfecho
con lo sucedido ayer.
JAIME (Deteniéndose.)
¿Por qué razón?
CÁRM. Lo primero
que te encargué varias veces,
fué discreción y silencio
con Emilio; sin embargo,
sin duda te faltó tiempo,
cuanto yo volví la espalda,
para contarle el suceso.
JAIME (Con sequedad.)
¿Y te ha parecido mal?...
Pues, paciencia; ya está hecho.
¿Imaginas, por ventura,
que estas son cosas de juego,
y que yo, por complacer
tus pueriles miramientos,
iba á seguir tolerando

ni por un solo momento
lo que en casa sucedía?

CÁRM. ¿Y qué has logrado con eso?
Proporcionarme un mal rato,
dar lugar á que violento
Emilio, aquí me insultara,
y á otra cosa que más temo.

JAIME ¿Pues qué ha sucedido? Acaba.

CÁRM. Lo que te advertí. Sabiendo
Emilio que por mi causa
su intención has descubierto...

JAIME Es que yo nunca le dige,
y afirmé lo que era cierto,
que tú le hayas delatado.

CÁRM. Pues lo fingió su deseo.

JAIME Bien; no es lo mismo. Prosigue.

CÁRM. Faltando á todo respeto,
tu hijo me agravió de un modo
tan villano y tan grosero,
que hasta llegó á amenazarme.

JAIME Bien sabe Dios que lamento
tal incidente. Mas ya
es fuerza que por completo
olvidemos lo pasado,
echando un tupido velo
sobre tantas desventuras
y tan desdichados yerros.

CÁRM. Bien dices. Juzgo lo mismo;
y si ahora yo te recuerdo
este lance, no imagines
que es porque vengarme quiero
de Emilio. Al contrario, yo
no sé odiar, y desde luego
perdoné sus arrebatos.
Lo digo, porque recelo
que Emilio, loco de ira,
pudiera llegar más lejos.

JAIME (Con tristeza.)
¿Qué temor puede inspirarte
si no has de volver á verlo,
y, ¡ay, triste de mí! si Emilio
para nosotros ya ha muerto?

CÁRM. Sin embargo, es conveniente
que tú conozcas su intento,

para que no te sorprenda.

JAIME En fin, sepamos qué es ello.

CÁRM. Ansioso de hallar venganza
digna de su enojo fiero,
llegó al punto de decirme
que infiltraría en tu pecho
la sospecha de que yo
te era infiel; de que mi afecto
era de otro... de un cualquiera.

JAIME Pues nada me ha dicho de eso.

CÁRM. Si tiene alguna conciencia,
á él mismo ha de inspirar miedo
tan diabólica calumnia.
Pero, en fin, yo te lo advierto
por si vuelve, y pretendiera
realizar su pensamiento.

JAIME No vendrá Emilio; y si acaso
volviera, que no lo espero,
ya se guardará muy bien
de contarme esos enredos.

CÁRM. A veces ciega el enojo.

JAIME (Con energía.)
Aunque de enojo esté ciego,
¡vive Dios! que yo, su padre,
sabré imponerle respeto.
Y basta ya. En adelante,
ni una palabra debemos
hablar de Emilio.

CARM. Está bien.

JAIME Queda con Dios.

CÁRM. Hasta luego.

ESCENA II

CARMEN

¡Qué situación tan difícil,
y qué horizontes tan negros
por doquier se me presentan! (Pausa.)
Si Emilio guardó silencio
hasta aquí, puede volver
y descubrir mi secreto;
y entonces... ¡Siento pavor

al pensarlo, y me estremezco!
Jaime no perdonará
la falta; más que mi yerro
ha de sentir el engaño
de que Emilio ha sido objeto. (Pausa.)
Obré muy ligeramente,
ahora sólo lo comprendo;
debí meditar con calma
y madurar con más tiento
mi plan... ¡La pasión nos ciega!
Por el vehemente deseo
de alejarlo cuanto antes,
en mi propia red me he preso. (Pausa.)
Y hay que reparar el daño...

ESCENA III

CARMEN y PEDRO por el foro

PEDRO ¡Cármen!
CÁRM. (Alarmada.) ¡Tú aquí! ¿Cómo es esto?
¿No te dige que dejaras
de venir, hasta el momento
de avisarte yo?
PEDRO Es verdad.
Pero las cosas se han puesto
de un modo, que no es posible
dejar transcurrir más tiempo.
CÁRM. ¿Y si te encuentran aquí? (Con ansiedad.)
PEDRO (Tranquilizándola.)
Por eso estuve al acecho
hasta ver salir á Jaime.
CÁRM. Pero, ¿qué ocurre de nuevo?
PEDRO Anoche, al llegar á casa,
me han dicho que un caballero
estuvo al oscurecer
buscándome con empeño.
Por las señas que me han dado,
ha sido Emilio, y sabiendo
lo que ha sucedido aquí,
comprendí, sin gran esfuerzo,
que su visita es tan sólo
para provocarme á un duelo.

CÁRM. (Angustiada.)
¿Y tú, qué piensas hacer?
PEDRO Sabe Dios que no me arredro
por tener un desafío,
pues no sería el primero.
Mas, pensemos en tu suerte,
que es lo que me aflige y temo.
Si es la situación difícil
y el conflicto es ahora extremo,
al realizar ese lance
se hace de imposible arreglo.
Por mí todo importa nada;
si me vence, ó si le venzo,
soy libre, y de mis acciones
á nadie explicación debo.
Tú no estás en igual caso.
Al punto, Madrid entero
hará presa en nuestros nombres,
y, con punzantes comentos,
analizará en detalle
hasta el último secreto.
Jaime sabrá sin tardanza
la razón de tal encuentro;
sus orígenes, sus causas,
todo, en fin, lo verá á un tiempo.
Por tanto, sólo se logra,
llegando hasta ese terreno,
que él su cólera desate,
que tú sufras sus efectos,
que haya un escándalo más
y una reputación ménos.
CÁRM. Sí, Pedro, tienes razón;
yo estoy loca, lo confieso.
Piensa tú lo que ha de hacerse;
pero, ¡por Dios! yo no quiero
que ese duelo se realice.
¡No hagas tú, querido Pedro,
ya que son tantas mis penas,
me aflija mayor tormento!
PEDRO Yo no he de desampararte
ni en tal situación te dejo.
Por mí lo has jugado todo,
por mí corres este riesgo;
justo es, por tanto, que yo

busque también el remedio.
Podré ser un calavera,
un loco, un hombre ligero,
pero, Cármen, bien tú sabes
que nunca he sido un perverso.
Escucha lo que me ocurre,
cual sólo y único medio,
para librarte del daño
que ya próximo presiento.
(Cármen escucha con ansiedad.)
Aun Emilio no me ha visto.
Por lo tanto, yo no tengo
compromiso todavía
ni estoy á nadie sujeto.
Si te convences que aquí
no puedes seguir viviendo,
en mi casa, desde ahora
hasta la noche, te espero.
Si te decides y vás,
un coche tendré dispuesto
y al sitio que tú prefieras
partimos sin peder tiempo.
Por tí lo abandono todo;
y, junto á tí, yo te ofrezco
no te faltará mi ayuda
ni te faltará mi afecto.
Si no vás, arrostraré
mi destino, y á él me entrego.

CÁRM. Eso, Pedro, es imposible.

PEDRO Reflexiónalo con tiento,
y piensa que si este plan
se realiza, ha de ser presto.
Una vez que me hable Emilio,
no queda ningún remedio,
pues ya entónces dignamente
salir de Madrid no puedo.

CÁRM. No me decido. Ese paso,
aunque con suerte lo demos,
me arrebata en un instante
hogar, fortuna, sosiego,
todo cuanto he adquirido

PEDRO Pero te salva.

CÁRM. Comprendo
que es difícil y apurada

mi situación; mas espero
que pueda encontrar salida
sin recurso tan violento.

PEDRO (Moviendo la cabeza con aire de duda.)
Al punto que se ha llegado
ninguna solución veo.
Fué locura lo que hicistes;
ya te lo dije al saberlo.

CÁRM. Sí; pero los grandes males
exigen grandes remedios:
yo siempre pensé que Jaime
hubiese sido discreto
y, entónces, todo se salva.

PEDRO En fin, no hay que hablar ya de ello.

CÁRM. Mas él, aun lo ignora todo.
Si Emilio no vuelve, pienso
que no hay que desesperar.
Por ahora, lo que más siento
es Amalia; ante ella estoy
como ante el juez se halla el reo,
y ni me atrevo á mirarla.

PEDRO ¿Y dónde está?

CÁRM. En su aposento.

PEDRO ¿Qué dice?

CÁRM. No dice nada;
suspira y llora en silencio.
Desde ayer sólo la he visto
un instante en el almuerzo,
y aun sin pronunciar palabra;
¡qué suplicio y qué tormento!

PEDRO Todo eso evitarse puede
realizando mi proyecto.
No hago mas que aconsejarte.

CÁRM. Ya lo sé; mas no me atrevo.
Esperemos todavía;
quizás los mismos sucesos
nos dén algún desenlace;
para lo otro siempre hay tiempo.

PEDRO De cualquier modo, yo aguardo
donde ya te he dicho.

CÁRM. Bueno.
Pueden pasar cosas tales
que no me quede otro medio.

ESCENA IV

DICHOS y AMALIA, que al salir de su habitación y ver á Cármen y Pedro, queda vacilando en la puerta sin atreverse á adelantar ni retroceder.

PEDRO ¡Tu hija! (Rápidamente.)
CÁRM. (Confusa) ¡Amalia!
AMAL. (Lo mismo.) ¡Aquí los dos!
(Los tres quedan confundidos sin atrever á mirarse. Pausa prolongada.)
Si mi vista os causa enojo
me retiro. (Con tristeza.)
PEDRO (¡Qué sonrojo!)
CÁRM. (Haciendo un esfuerzo.)
¡No digas eso, por Dios,
Amalia! Contraria suerte
podrá afligirnos, impía,
pero nunca lograría
que me cause enojo el verte.
AMAL. Como en más de una ocasión,
con uno ú otro pretexto,
que me marche habeis dispuesto,
yo pensé....
CÁRM. ¡Cuán sin razón
me apenas! piensas, de fijo,
porque tu hermano me acusa...
AMAL. (Con tristeza y rapidez.)
No tienes que darme excusa
madre, que yo no te exijo.
En mí sería indiscreto
hasta pensar que hubo agravios,
y, aunque afligida, en mis labios
sólo encontrarás respeto.
CÁRM. (Con pena.)
¡No me hables de esa manera!
AMAL. Es verdad; sé que te apuro
aun sin querer. ¡Ah, cuán duro
es mi sino! ¡Ni siquiera
poder mostrar su quebranto!
CÁRM. (Confundida.)
No es eso, sólo te ruego...

AMAL. Sí; que con calma y sosiego
cierre las puertas al llanto.
Es justo; ya estoy serena.
Tanto te quiere tu hija,
que porque nada te aflija
sufriré sólo mi pena
(Se dirige á Pèdro pasando por detrás de Cármen. Esta seguirá con la cabeza baja sin atreverse á mirar á Amalia.)
Y tú, Pedro, ¿por qué callas?
¿Por qué permaneces mudo?
¿Por qué, si celosa dudo
de tu cariño, no ensayas,
cual antes, rendido y tierno,
alguna fingida historia?
¿No encuentras ya en tu memoria
protestas de amor eterno?
Antes, por cualquier sospecha,
me llamabas soñadora.
¿Por qué te callas ahora
sin dejarme satisfecha?

PEDRO (Haciendo un esfuerzo.)
Amalia, por compasión:
quizás he sido un villano,
mas piensa que no es humano
prolongar tal situación.

AMAL. Prolongaste sin piedad
años enteros tu dolo,
y sufres, porque oyes sólo
un momento de verdad.
(Desconsolada.)
¡Cuán cruel conmigo has sido!

PEDRO Sólo tu piedad merezco. (Con humildad.)

AMAL. (Con energía.)
Piedad, nunca; te aborrezco
tanto como te he querido.
(Se sienta cubriéndose el rostro con las manos.)

CÁRM. (Acercándose á Pedro, en voz baja y con rapidez.)
¡No puedo más! Por favor,
vete, y acabe esta escena.

PEDRO (Disponiéndose á marchar.)
Bien sabe Dios que me apena...

CÁRM. ¡Vete pronto! (Con angustia.)

PEDRO Es lo mejor. (Vase por el foro.)

ESCENA V

CARMEN y AMALIA

AMAL. ¡Se marcha! ¡Ingrato!... (Llorando amargamente.
CÁRM. (Procurando consolarla.) ¡Sosiega,
por Dios!
AMAL. ¡Y todo lo olvida!
¡Qué triste ha de ser mi vida!
CÁRM. (Apurada.)
Cálmate; pienso que llega
alguno, y en cuanto entre
ha de extrañar verte así.
AMAL. Es cierto; vamos de aquí,
donde yo sola me encuentre.
¡Donde á nadie mortifique,
ni á nadie acuse mi llanto!
¡Vamos, madre, sufro tanto,
que ya en vano busco dique
que contenga mi dolor!
CÁRM. ¡Cuánto padezco, Dios mío!
AMAL. (Procurando contenerse.)
¡No te enojes! Yo te fío,
que he de olvidar ese amor.
(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

EMILIO, GERMÁN, que aparecen hablando por la puerta del foro.

EMIL. ¿Y hace tiempo que salió?
GERM. Sí, señorito, bastante;
mas me advirtió que al instante
volvía.
EMIL. Dile que yo
le estoy esperando aquí,
cuando venga.
GERM. Estaré alerta.
Ahora llaman á la puerta.
EMIL. ¿Será él?
GERM. Pienso que sí.
EMIL. Pues, anda y abre.
GERM. Al momento. (Vase.)

ESCENA VII

EMILIO

Ya más no puedo luchar.
Y por fuerza ha de acabar
un estado tan violento. (Pausa.)

ESCENA VIII

JAIME y EMILIO

JAIME ¡Aquí otra vez! ¿Qué buscas? ¿A qué vienes?
EMIL. A que me escuches, padre, con sosiego;
esto sólo te ruego.
JAIME Si algo te falta y tienes
que pedírmelo, acaba; no lo niego.
Dinero, lo que quieras.
EMIL. Algo me falta, sí, mas no se paga
con todo el oro que juntar pudieras.
JAIME (Con desagrado.)
Por lo visto te halaga
y sin duda pretendes,
hacerme aquí otra escena
cual la escena de ayer.
EMIL. ¡Ah, padre mío! Mi dolor ofendes
y no merezco yo, tan dura pena.
Que me escuches con calma sólo exijo,
y aunque me juzgues cual el más villano,
¡qué menos hacer puedes por un hijo!
JAIME Lo que vas á decir sé de antemano.
EMIL. ¡Oye por compasión! Si no te aflijo
al contarte mi duelo,
si no tienes piedad de mi desdicha,
si aún me niegas consuelo,
viendo cuánto he sufrido y cuánto lucho,
si no lloras, en fin, mal que te cuadre,
pensaré que jamás fuiste mi padre.
JAIME (Con severidad.)
Habla, pues; ya te escucho;
mas procura ser breve,
porque entrambos así ganamos mucho.

EMIL. De aquí arrojado, por calumnia aleve,
salí á la calle, loco,
y anduve largo tiempo á la ventura.
¿Por dónde?... No lo sé. ¿Cuánto?... Tampoco.
Insensible al bullicio y movimiento,
rebosando amargura,
triste el alma, perdido el pensamiento,
presa, ya del dolor ya de la ira,
corría delirante,
perdida la noción de donde estaba:
¡Dios, justicia, virtud! ¡Todo es mentira!
Esta es la sola idea que, punzante,
mi abrasado cerebro torturaba.
Llegó la noche y aún seguía errante;
hasta que, al fin, perdido,
en un banco de piedra que hallé al paso,
desplomose mi cuerpo ya rendido.
(Con acento de profundo terror.)
¡Qué noche, padre! ¡Con pavor me acuerdo,
y aunque tuviese siglos de existencia,
siglos también viviera su recuerdo!
¡Próximo á la demencia,
devorándome ardiente calentura
y absorto en mi quebranto,
en el silencio de la noche obscura,
que arrojaba más luto en la conciencia
y en el fondo del pecho más tristura,
derramé acervo llanto,
lágrimas que escaldaron mis mejillas
y en mis labios dejaban su amargura!
Ignoro si fué el sueño ó mi delirio
quien forjaba siniestras pesadillas;
mas dormido ó despierto,
sólo sé que aumentaban mi martirio
fantasmas, que sin orden ni concierto,
marcaban en la sombra su contorno.
Y miraba flotar monstruos enormes
cuyas figuras, de mi cuerpo en torno,
se atropellaban en furiosa danza;
y me daban horror, masas informes,
torbellinos de raudo movimiento,
abismos cuyo fondo no se alcanza,
nubes flotando sobre un mar sangriento,
torvos espectros, gritos de venganza,

cuanto finge el más loco pensamiento;
y dominando la extensión sombría,
sobre todo este mundo inexplicable,
siempre tu voz, tu voz que maldecía,
¡atronadora, lúgubre, implacable!

JAIME Basta, Emilio.

EMIL. Permite que concluya.
Escucha ya con calma
hasta el final, sin que tu voz me arguya.
¡Parece, padre, que al contar mis penas,
losas de plomo voy quitando al alma!
Rayaba el sol apenas,
y el penetrante frío
de la mañana, refrescó mi frente,
calmando un punto tanto desvarío.
Entonces solamente
recobré la razón; con torpe paso,
otra vez emprendí la marcha incierta,
y sin pensarlo yo, quiso el acaso
que viniese á parar junto á esta puerta.
Pude vencer mi sino,
y después de luchar breves momentos,
por otra calle procuré camino.
¡No sabes cuán terribles pensamientos
agitaron mi sér, hora tras hora!
A veces tuve intentos
de abandonar la corte sin demora
y allá, en clima lejano,
llorar mi desventura;
otras veces, cansado de la vida,
en la crispada mano
tuve el arma suicida;
mas siempre me contuvo tu figura,
que procuraba desechar en vano;
tu figura irritada,
lanzando sobre mí fiero anatema;
más que la muerte, dábame pavura
pensar que quedaría en tí arraigada
esa calumnia que mis labios quema
y esa sospecha vil que te tortura.
Procuraba alejarme y no podía;
cual si la férrea mano de un gigante
me empujase hacia aquí con energía,
mi planta vacilante

siempre á este sitio el rumbo dirigía;
hasta que, al fin, rendido
al magnético influjo de este centro,
ya no supe luchar, lancéme dentro,
y aquí me tienes, padre; y he venido
para decirte que, con maña artera,
te mintieron infames,
¡que no puedo vivir de esta manera!
¡que reclamo mi paz y mi decoro!
¡que quiero que me creas y me ames
y á tus pies, padre mío, te lo imploro!
(Cae á las plantas de Jaime, cogiéndole una mano. Pausa prolongada.)
(Con voz desfallecida.) ¡Padre!

JAIME (Conmovido.) Levanta, Emilio.
Si al meditar tu criminal intento
sentiste abrumador remordimiento
y ahora demandas mi perdón y auxilio,
concedido lo tienes.

EMIL. Tu perdón ¡nunca! no me has comprendido.

JAIME ¿Entonces á qué vienes?

EMIL. ¡Perdón, pide tan sólo la malicia,
quien, cual yo, es inocente
no reclama perdón, sino justicia!
¡Vengo aquí solamente
á demandarte hogar, dicha, sosiego,
y si es vano mi ruego,
á quitar su careta á la impudicia!

JAIME ¿Eso quieres? pues bien, de tí depende.
¿Piensas que por capricho te lo niego?
¿Piensas que esta sospecha que te ofende,
que este duro desdén y este despego
á mí no me torturan y atormentan?
¿Piensas que tú eres sólo el desgraciado?
¡Ah, Emilio! Mi dolor no te se alcanza;
tantas mis penas son, que no se cuentan.
Si todo ese martirio que has pasado
compararse pudiera
con mi desdicha, en una fiel balanza,
tu duelo junto al mío, escaso fuera.

EMIL. Si así el pesar también te aflije el alma,
¿por qué, padre, te empeñas
en robar á los dos, ventura y calma?

JAIME Tengo más de una prueba que te acusa;

si me convences tú y, al fin, me enseñas,
de una manera tal que no haya excusa,
que han mentido, verás qué pronto cesa
este rigor, que más que á tí me pesa;
verás qué pronto logras mi cariño,
y tendrás en mi casa y en mi mesa
el lugar que ocupaste desde niño.

EMIL. (Con desesperación.)
Es la red que me envuelve tan espesa,
lanzaron la calumnia con tal maña
y tan honda en tu pecho,
que para descubrirte quién te engaña
y dejarte del todo satisfecho,
es fuerza que tu honor manche y ofenda
y yo mismo te aflija y atormente.

JAIME (Con gran amargura.)
¿Qué desdicha, por grande y por tremenda
que juzgues, lanzarás sobre mi frente
que, cual esta, me fuese insoportable?

EMIL. (Con resolución.)
Dices bien. Es verdad. Ya no vacilo.
Puesto que es la desdicha inevitable,
quede al menos tranquilo
el inocente y júzguese al culpable.

JAIME (Con severidad.)
Pero ten muy en cuenta
lo que tu lengua hable
y, por tu bien, procura que no mienta.

EMIL. (Con exaltación.)
Te han dicho esa calumnia miserable
por lanzarme de casa;
porque quieren cubrir un torpe engaño
y yo sé lo que pasa;
porque en un mes he visto
lo que no has descubierto tú en un año;
(Animándose por grados.)
porque yo á la deshonra me resisto
y á tu mujer conviene
que no esté aquí delante,
porque prohibí siguiese con su amante,
¡con un amante, sí, que há tiempo tiene!

JAIME ¡Insolente!
(Da un paso hacia Emilio con ademán amenazador, pero se contiene.)

EMIL. Es preciso

JAIME ¡No prosigas!
Iba á darte el castigo que mereces,
pero tan sólo á compasión me obligas.
Al querer ocultarme tu pecado.
con la torpe invención de esas intrigas,
más y más á mis ojos te envileces.

EMIL. ¿Dudas lo que te digo?

JAIME (Con voz amenazadora.) ¡Desdichado!
¿Dónde te ha de arrastrar tanta demencia?
Ayer tarde, valido de mi ausencia,
por un afan mezquino de venganza,
á Cármen duramente has ultrajado;
y no contento, inventas tal injuria,
que ya esperaba, sólo porque ansías
que sobre esa infeliz caiga mi furia.

EMIL. (Fuera de sí y con acento terrible.)
¡Torpe! ¡Insensato! ¡Ciego! Aún desconfías
cuando en Madrid no hay uno á quien le asombr
cuando es cosa corriente,
cuando hace mucho tiempo que tu nombre
es el escarnio y mofa de la gente.

JAIME (Dudando.) ¡Calla! ¡Calla!

EMIL. (En el mismo estado de exaltación.)
¡Callar no es ya posible!
Has de saberlo todo aunque te aflija;
tiene un amante, sí, y es más terrible
lo que ignoras aún.

JAIME (Con imperio.) ¡Silencio!

EMIL. (Sin oirlo.) ¡Escucha!
¡Ese amante es el novio de tu hija!

JAIME ¡Pedro! (Con asombro.)

EMIL. ¡El mismo!

JAIME (Horrorizado.) ¡Jesús!

EMIL. ¿Verdad que es mucha
su maldad?

JAIME (Con gran irritación.)
¡Mientes! ¡Mientes! Prueba al punto
lo que dices.

EMIL. ¡Probarlo! No hace falta.
No se prueba que hay sol; vete á la calle
y pregunta á cualquiera de este asunto;
el primero que pase, en voz muy alta,
te explicará hasta el último detalle.

JAIME ¡Callate! ¡Por piedad! (Vacilando.)
EMIL. (Sin atenderlo y casi con feroz complacencia.)
Si alguna duda
te queda, ven conmigo; tus antojos
he de saciar, poniendo ante tus ojos
hechos que muestran la verdad desnuda.
JAIME (Afligido.)
¡Ah, Emilio! ¡Cuan cruel me estás matando!
EMIL. ¿No quieres pruebas?
JAIME (Con energía y resistiéndose á creerlo.)
¡Sí! ¡Aún no te creo!
¡El infierno sin duda es quien te inspira
y me va tu locura contagiando!
¡No me convences, no, todo es mentira;
soñastes, y tu sueño estás contando!
EMIL. No te queda, infeliz, ni ese consuelo;
mi razón no delira.
JAIME ¡Una prueba! ¡Ahora mismo!
EMIL. (Con impaciencia.) ¡Loco anhelo!
¿Nada de lo que afirmo te hace mella?
JAIME Me está causando horror... Pero repara
que todo cuanto acabas de decirme
lo vas á repetir delante de ella.
EMIL. Pues bien; házla venir, y cara á cara,
veremos si se atreve á desmentirme.
JAIME ¡Eso! ¡Sí! ¡Pronto!
(Corre hacia la habitación de Cármen llamando.)
¡Cármen! Si conviene
contigo... (A Emilio.)
(Llamando más fuerte.)
¡Cármen! ¡Cármen!.
(Como hablando consigo mismo.) ¡No, tamaño
crimen no se concibe! Mas ya viene.
(A Emilio, con acento amenazador.)
¡Ay de tí, si ultrajaste su inocencia!
¡Ay de ella, si es verdad tan vil engaño!
EMIL. (Lo mismo.)
¡Ay de todos si miente en mi presencia!

ESCENA IX

DICHOS y CÁRMEN por la derecha

CÁRM. (Turbada al ver á Emilio.)
(¡Emilio aquí, Dios mío!)
JAIME (Cogiéndola de una mano y mirándola atentamente.)
¿Por qué tiemblas?
CÁRM. (Procurando serenarse.)
No tiemblo.
JAIME (Adelantando con ella á mitad de la escena.)
Escucha atenta. Hace un instante
Emilio ha formulado en contra tuya
censura tal, y acusación tan grave,
que no puedo creerla. Al mismo tiempo
niega de una manera terminante,
calificando de mentira torpe,
algo que á mí me consta y que tú sabes.
Ya los tres aquí estamos, y yo juro,
que de esta habitación ninguno sale
hasta que sepa de quién es la culpa
y toda la verdad yo mismo aclare.
CÁRM. (Con temor.)
Medita y reflexiona que es violento...
JAIME (Con rudeza.)
Aquí ya, lo violento es no explicarse
y hacerse cruda guerra entre las sombras.
(Procurando serenarse.)
Dice Emilio que tienes un amante.
CÁRM. Eso es una calumnia. (Con rapidez.)
EMIL. (Con ira.) ¿Que es calumnia?
JAIME (Con severidad.)
¡Silencio, vive Dios; dejad que acabe!
¡Afirma Emilio, que ese amor impuro
lo sostienes con Pedro; que no hay nadie
que lo ignore en Madrid; que ya mi nombre
rueda, lleno de oprobio, por las calles!
¿Qué tienes que decir contra esos cargos?
CÁRM. (Afectando desdén.)
Nada diré. Me admira que te extrañes
de lo que te previne hace un momento.
Tu hijo quiere, sin duda, deshonrarme

porque piensa que yo le causé daño
y en nada se detiene por vengarse.

EMIL. (Con asombro.)
¿Pero, es posible tanto atrevimiento?
¿Va usté á fingirme á mí? ¿Va usté á negarme
lo que yo he visto con mis propios ojos?
¿Lo que aquí mismo confesó ayer tarde?

CÁRM. Ni sé á qué te refieres, ni me importa.
No entiendo nada de eso. Mira, Jaime,
por tu propio decoro y por el mío
no debes tolerar siga adelante
esta escena.

EMIL. (Atónito.) ¡Me espanta tal cinismo!

CÁRM. Permite, por lo tanto, que me marche,
porque ni he de añadir una palabra,
ni está bien que yo escuche esos ataques.

EMIL. (Rápidamente á Jaime.)
Que no se marche aún; sólo un momento.
Dejemos la cuestión de Pedro aparte;
es natural que usted quiera negarlo;
de esto luego hablaremos. Ahora pase.
Va usted á contestar á otra pregunta.
¿Ha notado usté en mí, ni ahora ni antes,
ni en todo el tiempo que á su lado estuve,
indicación, mirada, gesto, frase,
indicio leve, sombra de sospecha,
que impuro amor le muestre de mi parte? (Pausa.)
Responda. (Pausa.) ¿No oye usted? (Pausa.)
(A Jaime.) ¿Ves cual se calla?
Pregúntaselo tú.

JAIME Contesta, Cármen.

CÁRM. No debo... (Temerosa.)

JAIME (Con energía.) La verdad siempre se debe.

EMIL. ¿Se atreverá también?... (Anhelante.)

CÁRM. (A Jaime, procurando esquivar la respuesta.)
Tan duro trance
has debido evitar.

JAIME (Impaciente.) ¡Contesta pronto!

CÁRM. Ya te lo dige. (Con voz debil.)

EMIL. (Con suprema ansiedad.)
Mas, ¿qué ha dicho antes?...

JAIME ¿De modo, que en lo mismo te sostienes
y afirmas su maldad?

CÁRM. (Con suprema resolución.) ¡Sí!

EMIL. ¡Miserable!
(Emilio se precipita con furia sobre ella. Cármen retrocede aterrada. Jaime se interpone rápidamente, cogiendo con fuerza á Emilio por un brazo.)
CÁRM. ¡Jaime!
JAIME ¡Ni un paso más! (Con voz de trueno.)
EMIL. (Forzejeando con su padre.) ¡Déjame! ¡Suelta!
CÁRM. ¡Por Dios, Jaime! (Aterrada.)
JAIME (Conteniéndolo vigorosamente.)
¡Aquí quieto!
EMIL. (Con gritos de desesperación.) ¡Suelta, padre!
¡Y no abrió sus abismos el infierno
para tragar á monstruo tan infame!
¡Y aún vive! (Luchando.)
¡Aparta, suéltame, matarla
es justicia y castigo á sus maldades!
JAIME (Con energía.)
¡Para hablar de justicias y castigos
tú ¿quién eres? estando yo delante!
(Suelta á Emilio, alejándolo de Cármen.)
¡Yo solo buscaré la torpe culpa
en mi esposa, en mi hijo, en quien se halle,
y yo solo también, cuando la encuentre,
he de imponer castigo á los culpables!
EMIL. (Sin escucharle.)
¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Que salga de mi vista!
Váyase pronto, ó deja que la mate!
¡Seré ingrato, perverso, lo que quieras;
mas que se marche pronto, que se marche;
no quiero verla; mira que deliro,
que ya siento subir olas de sangre,
que ni á tí te respeto, que la mato,
aunque no quieras tú y estés delante!
JAIME ¿Y no tienes más pruebas que ofrecerme?
¿Sólo así me demuestras el ultraje?
Pues después de tal lucha, no has logrado
mis dudas disipar.
EMIL. (Con abatimiento y desesperación)
¡Ah! ¡No me hables
de pruebas! ¡Ya me rindo! ¡En contra mía
se unen todos, traidores y cobardes!
JAIME Puedes marcharte ya. (A Cármen.)
EMIL. (Con rapidez.) ¡No; que se quede!
¡Dios, sin duda, ha querido iluminarme!

¡Veremos si también ahora resiste!
(Corre hacia las habitaciones de Amalia y grita con toda su fuerza.)
¡Amalia!

CARM. ¡No consientas!... (Con terror á Jaime.)

JAIME (Sin comprender aún.) Mas ¿qué hace?

CARM. ¡Quiere que venga Amalia! (Con angustia.)

JAIME (Aturdido.) ¡Emilio!

EMIL. (Gritando con más fuerza.) ¡Amalia!

CARM. ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡No lo permitas, Jaime!

JAIME ¿Y por qué tiemblas? (Con recelo.)

CARM. Yo no lo resisto.
Ella... un angel...

EMIL. (Con voz terrible.) ¡Por eso que es un angel,
quiero ponerla en frente de un demonio,
y ver si Dios á Satanás abate!

CARM. Yo me marcho. (Hace ademán de retirarse.)

EMIL. (A Jaime.) ¿Lo ves? Se espanta y huye.
Si es honrada, ¿qué importa que la llame?

JAIME ¡Quieta aquí! (Con voz de mando.)

CARM. ¡Su candor y su inocencia!...
(A Jaime con acento suplicante.)

EMIL. ¡Inocencia! ¡Candor! ¡Si ya lo sabe,
y en silencio lamenta su desdicha!

JAIME (Aturdido.)
¿Lo sabe?

EMIL. Todo.

CARM. Impídele...(Con angustia, á Jaime.)

EMIL. (Viendo llegar á Amalia.) Ya es tarde.

ESCENA X

DICHOS y AMALÍA por la derecha

AMAL. (Que éntra con aspecto triste y se detiene á la puerta.)
¿Me habeis llamado?

CARM. (Con voz desfallecida.) ¡Ay, triste!

EMIL. (Cogiendo á Amalia con una mano y adelantando con ella hasta mitad de la escena.)
Ven, Amalia.
(A Jaime.)
¡Pobre niña! Contempla su semblante
y él sólo te dirá cuánto padece.

JAIME ¡Hija!... (Conmovido.)

AMAL. ¡Dios mío! (Con desfallecimiento.)
CARM. ¡Mándale que calle!
(A Jaime con suprema angustia.)
JAIME (Con energía.)
¡No! Por salir de tan terrible duda
diera, siendo preciso, hasta mi sangre.
EMIL (Con acento solemne.)
Oye, Amalia. Por causas bien diversas,
que combinó un destino inexorable,
tú, la más inocente de esta casa,
vas á ser quien descubra y quien desate,
una trama infernal que aquí han urdido
para cubrir mezquinas liviandades.
AMAL. (Con acento suplicante.)
¡Emilio! ¿Qué pretendes?
EMIL Reflexiona
que fingir por más tiempo ya no cabe,
que Dios castiga al falso, que mintiendo
por fuerza has de causar mayores males.
Del torpe amor que esa mujer sostiene
tú, Amalia, no te encuentras ignorante.
AMAL. ¡Desfallezco!... (Con voz débil.)
EMIL ¡Valor, hermana mía!
¡Sé que es fuerte la prueba y duro el trance;
pero tú solamente calmar puedes
este inmenso pesar que nos combate!
Queriendo Cármen ocultar su falta
y mis justos reproches evitarse,
inventó una mentira monstruosa,
que más torpe, más vil, más execrable,
tú misma has de decir, cuando la sepas,
no puede concebirse ni aun soñarse.
Sabiendo cuán creyente es su marido,
llegó á fingirle, con astucia y arte,
que yo sentí por ella amor liviano;
¡que deshonraba á nuestro propio padre!
(Con acento terrible.)
AMAL. ¡Jesús! ¡Qué horror!
EMIL. ¿Verdad que te horrorizas?
¿Verdad que es muy difícil que se alcance
mayor maldad? Pues bien, Amalia, escucha,
porque aún tienes que oir cosas más graves.
(Señalando á Jaime.)
Ciego por tal engaño, me maldijo;

lleno de encono me arrojó á la calle,
y cuando he vuelto, lacerada el alma,
á pedirle piedad y á sincerarme,
¿lo creerás? aquí mismo, y yo presente,
aún sostiene calumnia tan infame.
Por eso te he llamado. Tú no ignoras
lo que pasa, y es fuerza que delates
el pecado, pues sólo de esta suerte
puedo hacer ya que mi honradez resalte.

AMAL. ¡Emilio, ten piedad!

EMIL. (Con acento conmovido.) ¡Piedad te pido;
yo comprendo tus dudas y pesares,
mas ¡ay, hermana mía! tú no puedes
comprender el infierno que aquí arde!
(Señalando el pecho.)
¡Para tí siempre he sido un buen hermano,
siempre calmé tu duelo y tus afanes,
compasión siempre tuve de tus penas;
ahora te toca á tí. De lo que hables
pende mi dicha, mi honra, mi fortuna,
y aun serás de mi muerte responsable,
pues ya comprendes que vivir no puedo
si tan villano error no se deshace!

AMAL. ¡Ay, de mí!

EMIL. La verdad sólo te exijo;
(Con voz solemne.)
piensa que Dios te escucha en este instante;
y no te digo más. Ahora, tú, habla.

CARM. ¡Hija! (Con angustia.)

EMIL. ¡Callad! No la interrumpa nadie.
(Con voz amenazadora.)
¡Su voz va á decidir de nuestra suerte!
¡que Dios tan sólo la aconseje y mande!

CARM. ¡Yo muero!

AMAL. (Vacilando.) ¡No es posible!

EMIL. (Con suprema ansiedad.) ¿Por qué callas?

JAIME ¿Qué te detiene?

EMIL. (Con desmayo.) ¡Ay, triste!

CARM. (Con angustia.) ¡Dios me salve!

JAIME Concluya de una vez tanta agonía.
Habla; ¿me ofendió Emilio?

AMAL. (Con rapidez y espontaneidad.) ¡Eso no, padre!
¡Mi hermano es inocente, te lo juro!

EMIL. (Como aliviándose de un gran peso.)
¡Gracias, Amalia!
CARM. (Con abatimiento.) ¡El corazón me parte!
JAIME ¿Que es inocente?
AMAL. ¡Sí!
JAIME (Repitiendo maquinalmente la frase.)
¡Que es inocente!
(Yendo rápidamente á Amalia y cogiéndola por una mano.)
¡Entonces, su perfidia es innegable!
AMAL. (Que sólo entonces comprende que al declarar la inocencia de su hermano ha acusado á su madre.)
¡Piedad, piedad!
JAIME ¡Concluye, dilo todo!
AMAL. ¡Padre, por Dios!
JAIME ¡Harás que yo la mate!
AMAL. (Abrazándose estrechamente á su padre.)
¡No! ¡Tu perdón! ¡Piedad para tu hija!
JAIM. (Que al oir la palabra «perdón,» acaba de convencerse de la perversidad de Cármen.)
¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Aparta!
AMAL. (Con acento desgarrador.) ¡Que es mi madre!
JAIM. (Tratando de desprenderse de Amalia.)
¡Suéltame, quita!
AMAL. (Resistiéndose.) ¡Nunca!
JAIM. (Con voz amenazadora.) ¡He de matarla!
AMAL. ¡Primero pasarás por mi cadáver!
¡Emilio! ¡Vén, acude!
JAIM. (Arrojándola con violencia al suelo.)
¡Suelta y véte!
AMAL. (Con voz desfallecida.)
¡Muero!... ¡Emilio!
EMIL. (Ayudando á levantarla.) ¡Levanta!
JAIM. (Se aproxima á Cármen con ira reconcentrada.)
¡Miserable!
¿Conque me has engañado hasta este punto?
¿Conque no satisfecha con mancharme,
ultrajando mi honor y mi cariño,
para que nada bueno en mí quedase,
te has gozado en herir, fibra por fibra,
los afectos más puros y suaves
que formaban la dicha de mi vida?
¿Conque he sido juguete de tus planes,
y eres tú la rival de nuestra hija,

y fueron tus calumnias infernales
las que lograron que á mi propio hijo
de este querido hogar, fiero lanzase?
¡Mujer perversa... fementida... impura!
(Levantándola bruscamente la cabeza.)
levanta esa mirada y que se claven
tus pupilas en mí, para que goces
al contemplar el triunfo que lograste.
Antes que te castigue, cual mereces,
á las plantas de Emilio, suplicante,
vas á pedir perdón.

CÁRM. (Con acento suplicante.) Jaime, no exijas
tal violencia.

JAIM. (Con imperio.) ¡Perdón! ¡Pronto; á humillarse!
(Arrastrándola hacia donde está Emilio.)

CÁRM. ¡No! ¡Te lo ruego!

JAIM. (Con ira.) ¡Infame! Ruega sólo
que él tenga compasión y quiera darle.
¡A sus piés! ¡Vamos pronto!
(Sigue arrastrándola.)

CÁRM. ¡No!

JAIM. (Ya cerca de Emilio.) ¡A sus plantas!
(Haciéndola caer al suelo violentamente.)
¡Así! ¡Pide perdón!

CÁRM. (Resistiéndose.) ¡Me muero, Jaime!

JAIM. (Con voz cada vez más amenazadora.)
¡Pide perdón!

AMAL. (Que habrá permanecido hasta aquí recostada sobre el hombro de Emilio, se separa de él y se abraza de nuevo á Jaime estrechamente.)
¡Por mí, por el cariño
que siempre me tuvistes!

JAIM. (Fuera de sí y sacudiendo fuertemente á Cármen.)
¡Perdón!

CÁRM. (Con suprema desesperación.) ¡Mátame!

AMAL. (Tratando de interponerse entre ambos.)
¡Yo soy buena, inocente y te lo ruego!
¡Piedad!

CÁRM. (Hace un violento y último esfuerzo y se desprende de las manos de Jaime.)
¡Por fin me salvo!
(Huye precipitadamente por la puerta del foro, desgreñada y dando muestras de profundo terror.)

AMAL. (Siguiéndola.) ¡Madre! ¡Madre!

ESCENA ÚLTIMA

JAIME, EMILIO y AMALIÁ

JAIM. (Cerrando el paso á Amalia.)
No la detengas.
AMAL. (Con angustia.) Va despavorida
y llena de terror.
JAIM. Justo es que pague
sus delitos, y á solas con la culpa
grita más la conciencia del culpable.
(Volviéndose á Emilio con voz de arrepentimiento.)
¡Emilio... tu perdón!
EMIL. (Con ternura.) ¡Sólo mis brazos!
JAIM. ¡Hijo!
EMIL. ¡Padre del alma!
(Corren uno á otro y se abrazan estrechamente.)
AMAL. (Apoyándose para no caer.) ¡Dios me ampare!
EMIL (Separándose de los brazos de Jaime y con ansiedad.)
¡Corramos, padre, tu mujer ha huido!
JAIM. ¡Yo he de verla después!
EMIL. (Con creciente ansiedad.) Pero es que Cármen
huye y se irá con Pedro.
JAIM. (Aturdido.) ¡Irse de casa!
EMIL. Estoy seguro.
JAIM. (Dudando.) ¿Piensas?...
EMIL. ¡Que es ya tarde!
AMAL. (Que habrá oido este rápido diálogo con suprema ansiedad, vacilando en mitad de la escena.)
¡Se vá con él!.. ¡Me muero!.. ¡Madre!.. ¡Pedro!
(Cae desplomada. Jaime y Emilio, que ya estarán cerca de la puerta, al oir el golpe se detienen.)
JAIM. (Levantando las manos al cielo con acento de suprema desesperación.)
¡Más desdichas aún, cielo implacable!
¡Amalia! ¡Amalia!
(Yendo hacia Amalia se arrodilla junto á ella, sosteniéndole el cuerpo.)
EMIL. (Inclinándose también.)
Fué sólo un vahido.
¡Ay, de ellos!... (Corriendo hacia la puerta.)
JAIM. (Tendiendo á él los brazos y con gran abatimiento.)
¡De mi lado no te apartes!

¡Míranos á los dos! ¡Ellá muriendo
y yo sin fuerzas ya para el combate!
¡Déjala! ¡Su presencia me horroriza!

EMIL. (Se detiene cerca de la puerta vacilando.)
¡He de vengar!...

JAIM. ¡Qué alivias con vengarme!
¡Castigo han de tener! ¡Por más que huyan,
no podrán impedir que les alcance
terrible expiación, porque es el crimen
germen del cual el propio daño nace!

(Emilio se acerca á él, y los dos procuran reanimar á Amalia.—Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.